

v-viii-11.

2242

8

EL DONCEL DE MONDRAGON.

Arred - Taliz - Manjancos...

El Ordeal de Alorodta: una
leyenda diabólico-fantástica y
pico-resaca y ambientada en el
caballeresco del siglo XVII.

Santa Cruz de Irujo. Irujo y de
patia Irujo de O. Irujo y de Irujo.
1859.

EL DONCEL DE MONDRAGON.

CENA

QUE PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO.

—Baltazar ¿como cuantos años calculas tú que tendrá ese pavo?

—No es culpa del pobrete sino tuya que mas entientes de pelar pavas que de trinchar pavos.

—Baltazar, lléname la copa que no puedo digerir este bocado.

—Protesto, Señores, mis principios me prohiben atacar á mano armada una ancianidad tan respetable.

—Por fin confiesas tu nulidad: en cuanto á mí no transijo en punto á vejez sino con la líquida, única que gana con los años, verdadera aristocracia que acato y venero.

—Otra botella, Baltazar.

—Del Tenerife mas añejo que haya en tu bodega.

—Nunca me ha gustado el número uno sino para las consideraciones personales. Vengan los postres y llena la mesa de botellas; Malvacía, Jerez, Champagne; de todas clases, de todos los países, una verdadera república ó una coleccion de poesias.

—Si, si; bebamos y brindemos, sobre todo que no se olvide el Jamaica.

—Bravo, bravo; estoy por el Jamaica y el dorado Moca, por todo lo ardiente y lo oriental... ¡oh, oh! el oriente con su vida de deleites, con sus....

—Calla, calla, blasfemo; las luces que cruzan por tus ojos te parecen ya las hurís de Mahoma.

—Ya rebosan las copas ¿quien brinda?

—Pido la palabra.

—Concedida, concedida.... silencio en las tribunas.... ¡atencion!

Asi charlaban varios jóvenes arrellanados en cómodas butacas en torno á una bien servida mesa una noche de Estio, chocando las copas con estrépito, la vista encendida y la frente bañada en sudor.

Levantóse el que pidiera la palabra y con voz sonora exclamó:

Entre el rumor de la orgía
y el vuelo de los placeres
que exaltan la fantasía,
brindo por la poesia
y el amor de las mugeres.

El genio que al vate inspira
y el amor de una doncella

por la que un galan delira

¿que son sino una mentira?

pero ¿que importa?... ¡es tan bella!

—¡Bravo! vino, poesia y mugeres, olvido del pasado, ilusion para el porvenir y desesperacion para el presente... ese golpe me ha gustado, si; conste que es una mentira, pero bella ó dulce como diria Eguilaz.

—Distingo, Señores, no siempre es una mentira: algunas veces se encuentra la verdad en la tierra, y un ángel que nos abre las puertas del paraíso.

—Fuera, fuera paraísos y angelitos con miriñaque... si te remontas me marchó.

—Si, si; nada de paraísos donde hay tantas serpientes; adoptemos las mugeres tal como son y el pavo tal cual está, es decir, algo duro, pero siempre sabroso, sobre todo regado con un poco de Jerez.

—¡Blasfemos, sacrilegos!... confundir las mugeres y los pavos! Vosotros no entendeis mas que los placeres materiales; yo me atengo á los goces del espíritu.

—Y yo tambien con tal que no pase de 18 grados.

Las libaciones se sucedian en continuado crescendo y por la vista húmeda cruzaban millares de luces de colores y fantasías con transparentes alas.

—Brindo por los felices tiempos en que se rompián sin piedad la crisma los andantes caballeros por su Dios, su rey y su dama.

Á esta voz un jóven de los mas exaltados, echando atras el sombrero y empuñando el inmenso abanador de Baltazar que enristró á guisa de lanza, salta so-

bre la mesa gritando con voz de trueno:

—Brindo por Suero de Quiñones el del paso honroso, y ¡vive Dios! que si no habláis con toda reverencia y acatamiento de las fembras, hago pedazos toda la vagi-lla, y uno á uno, dos á dos, en palenque abierto ó como mejor os cuadre he de romper lanzas con todo el mundo, incluso el rebelde pavo.

—Bravo, bravo! ya tengo otro campeón de la mu-ger; yo deliro por los sentimientos que inspiran y tu los sostienes á mano armada.

—Como se conoce que habla el vino. Baja la lanza, ilustre desfacedor de entuertos y no la rompas vanamente. El amor en teoría es tan bonito como las ideas re-publicanas; pero todo es mentira, un mito y nada mas, y como dice Ninón de L'Enclos; «es solo un capricho cuya duracion depende de las circunstancias.»

—Pido la palabra para defender mis principios.

—Y yo un palo de escoba para sostener los míos con el moderno D. Quijote.

—Alma empedernida, corazón de piedra berroqueña, dime ¿que fueron los amantes de Teruel?

—Dos necios de que no ha habido una segunda edi-cion, una leyenda fantástica de algun poeta melenudo.

—Y tú que eres poeta ¿como no comprendes que esa historia de un amor espiritual, sublime, tiene su realiza-cion en la tierra?

—Mentira, mentira! gritaron muchas voces.

—Verdad, verdad! contestaron otras en disonante coro.

—Mentira digo yo....

—Palenque, palenque! exclamaba el otro agitando su abanador. ¡A mí, escuderos! en campo abierto.

—¿Qué rompes la vagilla!

—Silencio. Señores, una historia que viene á pelo,

—Atencion!

—Conoceis á Ancheta.

—Si!.. no!... no!

—Ilustre regidor del cabildo de la ciudad de la Laguna por los años de 16... que dejó escritas las memorias de su época.

—Una copa por el regidor de la época.

—¿Habeis leído sus memorias?

—Fuera memorias, al grano!

—Es que para narrar mi historia, conviene citar las fuentes de donde la he sacado.

—Si, si; fuentes queremos pero de vino, clamaron todos repicando en los vasos con el dorso de sus cuchillos.

—Pues bien, señores, tambien nosotros tenemos nuestros amantes de Teruel.

—Oiga! continúa, vate romántico, que esto trasciende á conseja ó leyenda.

—Si, brindo por la leyenda.

—Grandísimo beodo, como se trate de brindar, lo harás hasta por la quijada del burro de Cain.

—Narra, narra, y si la cosa promete escribiremos la leyenda.

—¡Oh! es famosa, sacaremos del olvido á nuestros héroes, levantándoles un monumento digno de su gloria.

—¿Será caballeresca?

—En alto grado.

—Yo me encargo del palenque, gritaba el del abanador.

—Calla necio; mi historia es del siglo XVII y en esa época ya no existía esa añeja y bárbara costumbre.

—No creo en el amor sino hay palenque, y te abandono sino me dejas romper un par de lanzas.

—Es un anacronismo.

—Brindo por el anacronismo!

—Dime ¿y hay fantasía y noches de luna y trovas y cuchilladas?

—Y aventuras de monjas, raptos, y sobre todo una castidad sublime.

—Bien merece otro brindis con marrasquino blanco y puro tan sublime castidad.

—Y cuadros infernales.

—Y sobre todo palenque; se acabó mal que pese á los anacronismos. Si el doncel es valiente se batirá en campo abierto; yo lo quiero y nadie tiene derecho á oponerse á mis gustos y caprichos.

—Hay sobre todo una misa de alba que ayuda el doncel armado de todas armas.

—¡Puf! quita allá; eso es de muy mal gusto y rebaja al héroe.

—Pero es histórico.

—Esa es la mia. Doncel que ayuda á misa, bien puede montar en una yegua que se plante y ¡vive Dios que se plantará! ¿Puede ó no puede ser? y entonces ¿porque

no lo he de decir? corriente, la verdad histórica.

—Se te dará el palenque ¿estás contento?

—Sí, sí; escribamos pues la leyenda.

—Corriente.

—Yo me encargo de la parte fantástica.

—Y yo de la histórica.

—Y yo de las láminas.

—Perfectamente y ¿para cuando estará nuestro trabajo concluido?

—Dentro de ocho días nos reuniremos en este mismo sitio, trayendo cada uno escrito su cometido; y bautizaremos nuestro enjendo entre copiosas libaciones.

Este es el origen de la leyenda que tenemos el honor de presentar á la consideración pública.

INTRODUCCION.

Genio de inspiracion, oye mi acento;
Y desde los espléndidos palacios
Que tienen por dosel el firmamento,
Cuajados de diamantes y topacios,
Presta á mi númen el sublime aliento
Del querube que vaga en los espacios,
Para cantar con cítara sonora
Una historia de amor encantadora.

Yo soy el vate que en la noche oscura
Busca una historia en las doradas rejas,
En donde inquieta acaso una hermosura
Oye de amante trovador las quejas,
Y eterno amor en su delirio jura.
Yo doy crédito entero á las consejas
Envueltas siempre en misterioso manto,
Y esas historias en mis versos canto.

Por estos campos fértiles un día
Pensativo vagaba y solitario,
Y el eco de estos valles me traía
En su murmullo quejumbroso y vario
Una voz misteriosa que decía:
«La casta virgen del pensil canario:»
Luego los ecos rápidos pasaban
Y el nombre de Isolina murmuraban.

¡Isolina! ¿quién es? pregunto en vano,
Tan solo el eco respondió á mi acento;
Hasta que un día un venerable anciano,
De una balada antigua me hace un cuento
En que Astolfo, valiente castellano,
Roba á una virgen pura del convento,
Donde pide un asilo en sus dolores
No creyendo el amor de trovadores.

Entonces quise descorrer el velo
De esa leyenda, en que un amor divino
Busca en el claustro misero consuelo,
Creyendo infiel al trovador mas fino:
Término hallé por último á mi anhelo
Registrando un antiguo pergamino,
Donde cubierta de esplendente gloria,
De esos amores descifré la historia.

Isolina, Isolina, virgen pura
Cuyo blanco cendal rasga atrevido

Astolfo en su delirio, tu hermosura
El eco de estos valles repetido
Celebra en sus acentos, y murmura
Tu historia entresacada del olvido;
Esa historia de amores peregrina
De Astolfo Mondragon y de Isolina.

Dos bardos como yo pobres y errantes,
Mis improbas tareas ayudaron,
Y pulsando sus liras anhelantes,
En sus plácidos cantos celebraron
Esa leyenda histórica de amantes
Cuyos nombres los ecos murmuraron,
Y repiten aun en blando acento
Cual de su gloria eterno monumento.

Venid á mí; la historia peregrina
Cantemos de esos plácidos amores;
Pintemos la beldad casta, divina,
Con su corona de preciadas flores:
La virgen de los valles, Isolina;
Y el modelo de antiguos trovadores
Astolfo Mondragon: doncel valiente
Que asombro fué de la española gente.

Venid á mí; juntos los tres alcemos
Ese velo tupido del pasado;
Del polvo de los siglos levantemos
Al trovador valiente, enamorado.

Que en las historias de Nivaria vemos,
Como un mito de amores ensalzado,
Y en antiguas baladas y canciones
Ostentando sus timbres y blasones.

Venid, los que gozais en sueños de oro
Los sentimientos que el amor inspira,
Vereis una beldad, rico tesoro
De casto amor, que á lo sublime aspira:
Digna de estar en el celeste coro
Y del canto inmortal de sacra lira:
Digna en fin de aspirar como el querube
El suave incienso que á los cielos sube.

Y si encontrais acaso en nuestro canto
Algun relato que os incite á risa,
Cuando rasgando del olvido el manto
Vuestra mirada en confusion divisa
Tantas locuras y delirio tanto,
No en vuestros juicios os andeis á prisa,
Sino tened en cuenta somos vates
Que quizás pararemos en Orates.

LIBRO I.

EL MENSAGE.

I.

En la primorosa vega
Fresca, umbrosa y perfumada,
Que el undoso Guiniguada
En tortuoso curso riega,

Como indolente sultana,
De un jazminero á la sombra,
Sobre la mullida alfombra
Con que el prado se engalana,

Muellemente se reclina,
Con altiva magestad,

Una imponente ciudad
A la inmensa mar vecina.

Con cariñoso desvelo
A manos llenas la suerte
Todos sus primores vierte
En su portentoso suelo;

Y con amante ansiedad
Atlante saca su frente
Sobre el agua trasparente
Por contemplar su beldad.

En armoniosos cantares,
Que los sentidos inflaman,
Las sirenas la proclaman
Por la reina de los mares.

Nunca las nieblas su velo
Estienden sobre su frente;
Brilla siempre trasparente
El limpio azul de su cielo.

Y es mas puro el arrebol,
Y la lumbre mas brillante
Que por ella vierte amante
En su diurno giro el Sol.

No lejos de esa ciudad,

Sobre un verde montecillo,
Seis torres alza un castillo
Con altiva magestad;

Y un gigantesco blason
Que en sus paredes se ostenta,
Los heroicos timbres cuenta
De Astolfo de Mondragon.

Mas conviene en este punto,
Y porque mejor se entienda
De esta histórica leyenda
El interesante asunto,

Fijar la época, y dar
Las noticias necesarias
A las aventuras varias
Que tenemos que cantar;

Y si Apolo me ilumina,
Ya verás caro lector,
Los finos lances de amor
De Mondragon é Isolina.

II.

Era el año mil seiscientos
Diez y nueve, sino engañan

Las apolilladas crónicas
Que estas aventuras narran.

Astolfo de Mondragon
Era un doncel de gallarda
Apostura y frente altiva
Que en los veinte años frisaba
Ojos negros y lucientes,
Ojos que despiden llamas
Cuando con enojo miran
Y si amantes arrebatan:
Ojos que muestran el fuego
Que hierve oculto en el alma.

Un finísimo bigote
Cubre sus lábios de grana,
Y su bien formada boca
Menudas perlas esmaltan.

Su imaginacion florida,
Con el ímpetu del águila,
Entre amorosos delirios
É ilusiones nacaradas,
Por los espacios poéticos
Ansiosa tiende sus alas.

Nunca resistió un guerrero
El empuje de su lanza,
Ni le venció en gentileza
Corriendo cintas y cañas.

Nadie mas duro en las lides,
Ni mas medido en palabras,

Ni mas cortés con los viejos,
Ni mas galan con las damas.

Su tercer abuelo vino
Del alto Aragon, su patria,
Y fijó su residencia
En el Real de las Palmas,
Despues de gloriosos hechos
En las riberas de Añaza,
Donde acompañó á su amigo
Alonso Lugo; mas ardua
É inmensa fuera la empresa,
Y á mas de poca importancia
Para el lector, si la historia
Narrásemos de su casa.

Su padre D. Beremundo,
La mas poderosa lanza ...
De su tiempo, combatió
Al frente de las Canarias
Legiones, con marcial brío,
Cuando la escuadra de Holanda
Al mando de Vander-Doez
El puerto la Luz ataca,
Y halló una gloriosa muerte
É tan solo en la jornada....
Solo no, y un par de bueyes
Segun la historia declara (1),
Su madre D.^a Beatriz

(1) Véase Viera y Clavijo.—tomo 3. p. 181.

Florinda Lope de Vargas,
Que á su esposo Beremundo
Con idolatria amaba,
Arrastró un año sus lutos
Vertiendo mares de lágrimas,
Hasta que Dios, compasivo,
La llamó á su Santa Gracia,
Quedando solo en el mundo
Astolfo, cuando contaba
Doce años escasamente,
Llena de amargura el alma.

Todos los goces se olvidan,
Todas las penas se apagan,
Todos los recuerdos mueren
Y las ilusiones pasan.

Nuestra vida son las olas
Que ya fieras se levantan
En tumbos de hirviente espuma
Y entre los escollos braman,
Ó ya vienen indolentas
Al soplo de brisa mansa,
A reclinarse amorosas
Sobre la arenosa playa.

El tiempo borra las olas,
El tiempo memorias gasta,
Y los duros bronce rompe,
Y las esperanzas mata....
Recuerdos, dichas, quimeras,
Amores, glorias, venganzas....

Olas que van del olvido
A besar la inmensa playa.
Pero ¡ay! el afecto tierno
De una madre idolatrada,
Esa sublime afeccion
Pura, venturosa, santa,
No puede borrarla el tiempo,
Ni aun con la vida se apaga.

En el castillo de Astolfo
Los usos se conservaban
De los tiempos mas remotos
Y sus ceremonias rancias,
Viviendo como un hidalgo
Del tiempo de las cruzadas,
En su feudal fortaleza
Orgullo de la comarca.

Siempre en la mohosa almena
Brilla la robusta lanza
Del centinela; el enano
En los adarves paseaba,
Y traviesos pagecillos,
Murmurando de las damas,
Recorren las galerias
Y endechas de amores cantan.

Los escuderos pululan,
Y juegan los hombres de armas
Ya á los dados su dinero
Y ya su vida á lanzadas.
El indispensable astrólogo

Desde la torre mas alta
Las constelaciones mira
Y los brevages prepara:
Y es el Castillo de Astolfo
Celebrado en la comarca
Por el renombre del dueño
Y sus costumbres bizarras,

III

El mes de Agosto corria;
Serena la tarde estaba,
Y en seductora armonia
El ancho mar se mecia
Que el aura mansa rizaba.

Duerme tranquilo el ambiente
Entre el follage del monte,
Y colora el Sol luciente
El contorno trasparente
Del dilatado horizonte.

En un lujoso salon
De su castillo feudal,
Junto á un abierto balcon,
Se reclina en un sitial

Astolfo de Mondragon.

Contempla aquel panorama
Que ante sus ojos se ostenta,
Y su corazon se inflama,
Tal vez pensando en la dama
Que lo domina y lo alienta.

Quizás memorias gloriosas
Van desplegando sus galas
Á sus miradas ansiosas,
Como leves mariposas
Con abigarradas alas.

Ó vaga libre su mente
Por un vergel que engalana
La fantasia esplendente,
Donde la sonora fuente
De las ilusiones mana.

El agudo son cercano
De un clarin guerrero suena,
Y al punto sube el enano
Con un continente ufano
Sobre la robusta almena.

—¡Quien va? grita
—mensajero
Que trae urgente mensage

Del castillo, al caballero:
Su cuerno toca, y ligero
El enano llama á un page.

Tomada de su Señor
La venia, se baja el puente
Con discordante rumor,
Y entra, bañado en sudor,
El correo diligente.

Al altivo castellano,
Haciendo un saludo fino,
Que no es propio de un villano,
Entrega en la propia mano
Un sellado pergamino.

Cuando Astolfo el sello vido
Mudó al punto de semblante;
Sintió en su pecho un latido,
Y con un beso querido
Rompió al punto anhelante.

Fijó ansioso sus miradas,
Y á medida que leía
Tornaban mas alteradas,
Que en frases entrecortadas
Así el billete decía:

«Sus puertas ya la vida

Á mi existencia cierra;
Ni una ilusion querida
Me liga ya á la tierra...
Mi pecho es solo un lúgubre
Sepulcro funeral.

¿En donde están las flores
Que con afan sembraba
En el vergel de amores,
Donde feliz vagaba,
Entre los sueños cándidos
De mi alma virginal?»

«Murieron ¡ay! mi anhelo
Otra ilusion no alcanza
Sino volar al cielo,
Perdida la esperanza
Que en èste mundo tétrico
Soñára con tu amor.

Lleváronse los vientos
¡Ay Dios! con mi ventura,
Aquellos juramentos
De sin igual ternura,
Que un tiempo tan solícito
Me hicieras con ardor.»

«Astolfo, no merezco
Engaño tan profundo;
Mas ya no petenezco
Á este mentido mundo....

En otro mas seráfico

Verémonos los dos.

¡Señor! tan solo pido

Poder tantas memorias

De amor, dar al olvido;

Mas ¡ay! que son mis glorias...

Te adoro... no.... perdóname.....

Y adios... por siempre adios!!»

Suspiro desgarrador

Lanza su pecho.—¡Isolina!

Grita con fébril ardor.

¿Porque dudas de mi amor

Cuando ese amor me fascina?

¿Cuando mi pasion sentida

Es de mi gloria la palma

Y el encanto de mi vida?

¿Cuando eres, vírgen querida,

La otra mitad de mi alma!

¿Cuando es la pasion primera

De dos tiernos corazones!

Espera, Isolina, espera....

Tu serás mi compañera,

Virgen de mis ilusiones.

«Solo mi esperanza fundo

En volar al cielo....—¡Adios!

¡Oh que abismo tan profundo
Se abre á mis pies...—«En el mundo
No hemos de vernos los dos»....!!

¡Horrible, horrible espresion
Que llena mi alma de hiel!
Mas en constancia y pasion
No ha de ceder Mondragon
Al amante de Teruel.

¡Oh! mi cabeza se estalla;
El delirio me fascina....
¡Page, mi cota de malla,
Mi lanzon... presto... en batalla
Hasta encontrar á Isolina!

IV.

La risueña pura aurora,
Mensagera de alegria,
Con su vaga luz colora
El albor del nuevo dia.

El pájaro entre el follage
De las praderas vecinas,
Canta en su tierno language
Sus plegarias matutinas.

Ya resuenan de los perros
Los ladridos prolongados,
Conduciendo por los cerros
Los bulliciosos ganados.

El cefirillo desplega
Sus alas, y vá á tenderlas
Sobre las flores, que riega
Con una lluvia de perlas;

Y la feliz aldeana
Salta del lecho á porfia,
Al escuchar la campana
Tocando el Ave-Maria.

En medio del aire sube,
Desde el suelo, vapor denso,
Como una ondulante nube
De oloroso, suave incienso

Que el mundo en su centro prende,
Y en gage de tierno amor
Como una alfombra se estiende
Á las plantas del Señor.

¡Afan de poetizar!
Cuanto mejor no parece
Que en vez de tanto charlar
Dijeramos que amanece.

Ya por el puente atraviesa
De su castillo el doncel,
Guiando con ligereza
El paso de su corcel.

Salen pages y villanos
A despedir su Señor,
Que dice á los ecos vanos
Las querellas de su amor.

El escudo sin empresa,
Va pendiente del arzon,
Hasta encontrar la belleza
Que ama con loca pasion:

Luciente casco de, acero,
Con visera arremangada,
Y un penachillo ligero,
Cubre su frente abrasada.

Un gigantesco espadon
Pende de su rico cinto,
Y alza en la diestra el lanzon
En sangre de infieles tinto.

Lleno de dudas mortales,
Con la vespertina luz,
Corre por los arenales
Hacia el puerto de la Luz.

Allí le espera un esquite,
Que pronto á la isla vecina
Le guie de Tenerife
Donde mora su Isolina.

Antes, de una cruz al pié,
Que está del mar en la orilla,
Y lleno de santa fé
Dobló la diestra rodilla.

Y alzando el casco al momento
Y bajando su lanzon;
Pronunció este juramento
Astolfo de Mondragon:

—Señor, tú que amparas la causa del bueno,
Derrama á mi paso benigno tu luz,
Y al fin á la virgen que adoro, en mi seno
Estreche cual ora rendido tu cruz.

Gloriosa Señora, la Virgen del Pino,
No dejes á un triste que muera de amor,
Y juro con ella, descalzo, el camino
Hacer á tu santa morada en Teror:

Los usos adopta de andantes guerreros;
Dormir en la tierra, yentar sin mantel,
Su lengua, sus leyes, sus ritos, sus fueros
En tanto la encuentre su amante doncel.

Iré á la morada de algun castellano
Fidalgo de estirpe brillante, á llamar,
Y haré que me ciña las armas su mano,
Y vengan doncellas mi espuela á calzar:

¡Protéjeme cielos! mi pecho se inflama.
¡Cuitado si otro home me roba su amor!
Poniendo las mientes en Dios y mi dama
No mas de un fendiente matar he al traidor.

Agora á la nave, ca finca mi vida
Coitada é doliente, non tengo solaz
En tanto mi fembra donosa é garrida
Non torne al mio pecho la dicha é la paz.

Tal diciendo el buen Astolfo
Con altivez se levanta,
El guerrero casco ciñe,
La lanza blande y el escudo embraza;
Y un adios de despedida
Dando á su querida patria,
Embárcase en el esquife
Que raudo corre de la brisa en alas,

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO 2.º

AVENTURAS Y FANTASMAS.

I.

Oscura estaba la noche
Segun las crónicas cuentan,
Y entre sus negros capuces
Ocultaban las tinieblas,
El mortecino fulgor
De las pálidas estrellas.
Arremolinadas nubes
Surcaban el ancha esfera,
Y de ellas se desprendian
Gotas continuas y gruesas,
Que á poco rato conviértense
En lluvia nevada y densa.

Silva el ábrego en los montes
Con desusada violencia,
Y al impulso de sus ráfagas
Por el hondo valle ruedan
Destronchados de raíces
Los arbustos de la selva.

Brama el fragoroso trueno
En las cavernosas peñas,
La luz del cárdeno rayo
Y sulfúrica centella,
Rompiendo de rato en rato
El denso manto de nieblas,
Con bramador estallido,
Iluminaba la tierra.
Oyese continua y lánguida
La voz triste y agorera
Del murciélago, del buho
Y de la lechuza, mientras
Aumenta el ruido del viento
El silvar de las culebras,
El rugir de los leones,
Los chacales y las hienas,
Y los osos, y los tigres,
Los jaguares y panteras.
Y permitame el lector
Esta licencia poética,
Que aunque no hay fieras aquí,
Precisan aquí las fieras
Para aumentar mas el ruido

De esta ruidosa leyenda.

Pero vamos al asunto:
A traves de la tormenta,
Ibase camino arriba
Doncel de gentil presencia,
Armado de todas armas
Con buen lanzon y rodela;
Larga y templada tizona,
Coraza, espaldar y grebas,
Bruñido y pesado casco
Ornado con plumas negras
Manoplas y rica daga
Y dos muy largas espuelas.

Va cabalgando un pollino,
De lo cual mucho se aqueja;
Pero no hubo mas remedio
Porque no encontró otra bestia,
Que el asunto urgia mucho,
Y el doncel llevaba priesa.

Es el jumento un prodigio
De fina raza arabesca,
Con dos orejas peludas,
Que no parecen orejas,
Sino aspas de un molino
Segun lo que dan de vueltas,
Segun lo largas que son
Y lo enjutas y lo estrechas.
Está el pollino mas flaco.

Que la miseria en cuaresma,
Y es mas viejo que el amor,
(Y el amor es cosa vieja
Tanto que ya no se usa
Sino en versos y comedias.)

A traves de los pellejos
Todos sus huesos se cuentan,
Y si bien no tiene ancas
En cambio tiene dos perchas;
Es en fin un esqueleto
Empastado á la holandesa
En un cuero pardo y sucio,
Y montado en cuatro vergas;
Es decir, montado al aire,
Cual fino diamante ó perla.

Es el caso, que no es caso,
Sino una casa terrera
Situada junto al camino
Por encima de la cuesta:
En ella, vive un ventero,
Porque es la casa una venta,
Y como cosa sabida
Bajo sus techos se alberga,
Como mueble indispensable,
La indispensable ventera;
Moza muy metida en carnes
Y muy sacada en caderas,
Coloradota y rolliza,

Algo baja y regordeta,
Con una cara redonda
Que á no estar en la cabeza,
Con lo que no fuera cara
La equivocara cualquiera:
Item mas, vive con ellos
Un fuerte perro de presa,
Formando una trinidad
Feroz, robusta y completa.

Llegó al fin el caballero
En donde estaba la venta,
Paró al cansado pollino,
Y apoyando la contera
De su ponderosa lanza
Sobre la pesada puerta,
Dió tan furibundos golpes
Que hizo retemblar la tierra.

Respondió primero el can
Con voz muy poco halagüeña,
Gritó el ventero ¿quien va?
Chilló luego la ventera,
Y no pasó mucho rato
Sin que los tres parecieran,
Dando gritos y ladridos,
En el umbral de la venta,

Mirólos el caballero
A traves de la visera,
Y les dijo estas razones

Con voz campanuda y hueca.

- Doncel.* ¿Sodes vos el infanzon
Pero Nuño de Pastrana,
Fijo de la barragana
Doña Inés de Castejon?
- Ventero.* No señor; yo soy de Guia
Y me casé en Taganana,
Mi madre es latia Casiana
Y yo soy Pedro Garcia.
- Doncel.* ¿Non sodes vos ¡pesia á tal!
El tan garrido, galano
E fidalgo castellano,
Deste Castiello feudal?
- Ventero.* No, yo no soy castellano,
Y ya dije á su mercé
El pueblo en que me crié
Que es un pueblo comarcano:
Y mire que esto castillo
No es, y está equivocado
Si tal cosa se ha pensado,
Pues no es mas que un ventorrillo.
- Doncel.* Veo que magüer me esfuerzo
Non logro que me entendais,
Y es preciso que seais
Un grandísimo mastuerzo.
Decidme, pues, y ya fino,
Si habeis en vueso meson
Para mí una habitacion

É cuadra para el pollino;
É si hobisteis las bebidas
Encantadas de Merlin.
Y el bálsamo de Longin
Para sanar las feridas.

Ventero. No señor, aqui no hay de eso;
Mas tengo en cambio mistela,
Pimientas, clavo, canela,
Aguardiente, vino y queso.
Buenas rosquillas Gomeras,
Higos chumbos y pescado,
Mazapan, millo tostado,
Aceite y tortas caseras.

Y por cuadra aqui no hay mas
Que ese patio que usté vé,
Y para dormir ucé
Un pajero allá detrás.

Doncel. ¡Vive Dios! mal castellano
Que á tenerme non acierto,
É ya vos hobiera muerto,
Si el que sodes un villano
É follon mal caballero,
Á raya non me tuviera,
É non curara é temiera
Mancillar en vos mi acero.

Mas coibdad en lo adelante
Non me endereceis sandeces,
Ó vos pego dos reverses
Del mio temido montante;

É á vos é á vuestro meson,
Cuadra, pajero é rosquillas,
Tengo de facer astillas
Como so yo Mondragon.

Al oír tales razones
Perro, ventero y ventera,
Quedáronse convertidos
En tres estátuas de piedra.
Mirábanse de hito en hito,
Y á la verdad que no aciertan
A esplicarse los motivos
Que para hablar así tenga,
El cumplido caballero
Que á llamar vino á la venta;
Mas el ventero que es hombre
De alma templada y traviesa,
Y no se asusta por gritos
Ni los amagos le arredran,
Echó mano de una estaca
Que estaba junto á la puerta
Y dijo al buen caballero
Con voz pausada y entera.

Ventero. Sepa vuesa Señoría
Que ya á incomodarme empieza,
Y le rompo la cabeza
Con toda su fidalguia;
Y sino se écha al momento

A fuera de mi cercado,
Hago un San Juan degollado
Con vos y vuestro jumento;
Que si á dar palos empiezo
Y me caliento la mano,
No le dejo un hueso sano
Desde el tobillo al pescuezo.....

—Lanzó el Doncel al ventero
Mirada torva y siniestra;
Requirió al punto la espada,
Enderezó la rodela,
Y ya iba á acometerle
Con descomunal fiereza,
Cuando le vino á las mientes,
Que otra aventura mas seria
Le traia presuroso
Desde la suya á esta tierra.

Ruin malandrín, vos desprecio,
Le dijo, é vos tengo en poco
Ca non sois home de precio,
É fuera yo grande loco
En batirme con tal necio.

Non me fableis ufanero,
É membrad que habeis delante
De vos, villano pechero,
El mas complido lidiante

É garrido mesnadero.

Vos perdono á condicion,
É vos membrad siempre dello,
De que me dareis razon
De Ramiro el infanzon
É de su feudal castiello.

—Perdonado tambien va,
Dijo el ventero mohino,
Y ahí pegado al camino
A Don Ramiro hallará
En su castiello ó molino.

El Doncel torció la brida,
Cerró el ventero la puerta,
Y siguió ladrando el perro
A duo con la ventera,
Mientras que el altivo Astolfo
Al castillo feudal llega
Donde el conde Don Ramiro
Con su barragana alberga.

II.

Pasadas las ceremonias
Del enano y centinela,

Los pages y gentes de armas
Cuernos, pitos y trompetas,
Se echó el puente levadizo;
Abriose á poco la puerta
Y con cien mil cortesias
Entró Mondragon por ella;
Soltó el cabestro al pollino,
Se levantó la visera
Y entabló el siguiente diálogo
Segun la historia nos cuenta.

Astolfo. ¡Oh! vos noble conde, é buen fijadalgo
Que enturbian sus timbres la lumbre del Sol,
De vos en mis cuitas ó conde me valgo,
De vos gloria é lustre del lustre Español.

Yo só Don Astolfo de nobles nascido,
Oriundo de lo alto del alto Aragon;
Mio nome es hondrado al par que temido,
Ca tiemblan los mundos al oir Mondragon.

Yo vengo coitado buscando la fembra
Donosa é garrida, de tan alta prez;
Yo busco á Isolina cuyo nombre miembra
Sus timbres, sus galas, su honor é altivez.

De mis feudos salgo en pos de las lides,
En pos de aventuras, de amores en pos;
Non temo guerreros, nin temo adalides,

Ca solo á mi brazo vencíeralo Dios.

Ya sé que vos sodes un gran caballero,
Complido en las lides, complido en amor,
É á vos me enderezo amante é guerrero
Consuelos pidiendo para mi dolor.

Ramiro. Yo só Don Ramiro, aquel caballero
De siete condados el dueño é Señor,
Yo só el esforzado altivo guerrero
Membrado entre todos al par del megior.

Mia cuna es mas clara que claro es el día,
Mios timbres mas altos que el diurno fanal,
Mios fechos mas nobles que la fidalguia,
Mio nome mas limpio que limpio cristal.

Yo finco adorado de fembras altivas,
É yo entre donceles me llevo la prez,
É las que á otros nobles se muestran esquivas,
Rendidas las fallo, plorando á mis piés.

Si non me he casado é finco soltero
Mia colpa es tan solo, ca siempre amador,
Polidas doncellas, cual mio limpio acero,
Coitadas é homildes imploran mi amor.

Ya vedes Astolfo que yo alcanzo mucho
É los mis consejos vos quiero donar

Ca pueden serviros; cuemo home ya ducho
En lides de amores, vos voy á fablar;

—Ved como no os acoitais,
Ca las fembras caro Astolfo,
Non son cotufas en golfo;
Si una perdeis ciento hallais.

A rey muerto puesto el rey,
Non por eso hayais afan;
Fembra torna á su galan
Si ella al galan tiene ley.

É deseched las querellas
Ca en campos, cibdades, villas,
Mas fácil es conseguillas
Que desfacerse de ellas.....

Astolfo.

Non es Isolina, nó,
Fembra cual las que fablades;
Si un dia á verla llegades
Amareisla cuemo yó.

É vamos pronto al asunto,
Ca de vos merced espero
De que me armeis caballero
Sin me detener un punto.

III.

Media hora no ha pasado
Y ya Astolfo está de guardia
De la capilla en la puerta,
Velando todas sus armas.

Reconcentrado en sí mismo
Fija en tierra su mirada,
Ni tose ni pestaña,
Ni hay quién le saque palabra,
Que el velar armas es cosa
Que tiene por muy sagrada.

Pasaron así dos horas,
Que dos horas pronto pasan,
Y en esto llegó Ramiro
Con todas sus gentes de armas,
Hidalgos, pages, donceles
Y la sin par barragana,
Que á la armadura de Astolfo
Acude toda la casa.

Entró el conde en la capilla;
Bendijéronse las armas;
Leyó en voz alta los ritos

Segun es de ley y usanza,
Mientras que Astolfo, de hinojos
Sin perder una palabra,
Estaba tan conmovido
Que le saltaban las lágrimas,
Y hacia llorar á todos
El ver su angustiosa cara.

Terminada la lectura,
Cojió Ramiro la espada
Y levantándola en alto,
Con tal fuerza la descarga,
Que no partió á Mondragon
Por hallarse la coraza
Interpuesta, felizmente,
Entre el acero y la espalda.

Hubo sus mas y sus menos,
Sobre si la barragana
Le calzaria la espuela
Y ceñiria la espada;
Pues segun Astolfo dice
Y segun las leyes mandan
De andante caballeria,
La que tales cosas haga
A mas de ser fijadalgo
Y de cuna noble y alta,
Debe ser doncella pura
Como el lucero del alba:
Pero se pasó por todo,
Por no hallarse en la comarca

Moza que juntas reuna
Todas las prendas citadas.

Terminó la ceremonia,
Cojió Mondragon su lanza,
Montó la cabalgadura,
Despidiose de la casa,
Dió un abrazo á Don Ramiro
Y las mas sinceras gracias,
Y al partirse del castillo
Dijo á todos en voz alta.

Henchido en noble ardor mi pecho late;
Venid á mí guerreros y donceles,
Ca non he de yantar sobre manteles
En tanto que á Isolina non rescate.

Y mete la espuela
Al pobre jumento,
Que ya sin aliento
No puede correr.
Y vá presuroso
Sin parar las mientes,
Que el agua á torrentes
No cesa en caer.

En ristre la lanza
Embiste los vientos,
Y tiernos lamentos
Figúrase oir,

Y fiero, afanoso
De lides y guerra,
A cielos y tierra
Pretende embestir.

Y apesar de que á Astolfo nada arredra,
Quiere implorar la proteccion divina,
Y abrasado de amor por Isolina
De hinojos se postró en la «*Cruz de Piedra*» (1).

IV.

En tanto que el buen garzon
Amparo pide á los Dioses,
Alzóse negro fantasma
Sobre las altas crestas de San Roque.
Y entre un espantoso trueno,
Que hizo estremecer el orbe,
Graves, cavernosas, lentas,
El doncel aterrado oyó estas voces:

«Yo procedo del bátrato,
De aquel antro diabólico
De las tinieblas lóbregas,

(1) La cruz llamada así que está á la entrada de la Laguna.

De aspecto aterrador;
Y se oye en los recónditos
Y sulfurosos ámbitos
De sus cavernas lúgubres
El trueno bramador.»

«Yo vengo aquí solícito,
A daros nuevas tétricas,
Del hombre que impertérrito
Su amor osó poner
En la inocente tórtola,
Belleza pura y cándida,
Amante melancólica
Que tanto anhelas ver.»

«Huyendo el mundo pérfido,
Donde los sueños mágicos
Murieron, de su tímido
Y amante corazón,
Buscó la niña angélica
A sus dolores término
Bajo las anchas bóvedas
De la claustral mansion.»

«Sabed que es tal el ímpetu
De su furor indómito,
Sabed que es tan enérgico
Saldaña tu rival,
Que está resuelto impávido

A acometerte intrépido
Y arrebatarte ¡ay mísero!
Tu amada virginal.»

»Encomendad vuestra ánima
A la region angélica,
Que lleguen vuestros cánticos
De Dios á la mansion,
Y su bondad sin límites
Os dé fiereza heróica,
Y venza así magnánimo
Astolfo Mondragon.»

Hundióse la fantasma, tembló el mundo;
El trueno fragoroso retumbó,
Mientras que triste en un sopor profundo
A los piés de la Cruz cayó el garzon.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO 3.º

LA ENTREVISTA Y EL JURAMENTO.

Era una noche de estio,
Noche tranquila y serena,
Cuyo misterioso encanto
Al desgraciado consuela;
Noche en que el alma estasiada
Al contemplar sus bellezas,
A las celestes regiones
Tendiendo sus alas vuela;
Noches de esa dulce calma,
De esa soledad amena,
Que á un mundo desconocido
Y misterioso, nos lleva,
Clara y hermosa la luna
Mostraba su faz risueña,
Y sus vivos resplandores

Disipaban las tinieblas.

Todo en la calma yacia,
Calma que interrumpe apenas
Con sus ligeros murmullos,
Las brisas suaves y frescas
Que el ambiente perfumaban:
Auras sutiles, ligeras
Cuya esquisita fragancia
Tomaban en la pradera.

Noche en fin tranquila, y pura
Como la anterior fué negra,
Y cuya calma contrasta
Con la pasada tormenta,
Cuando cayó desmayado
Astolfo en la *Cruz de Piedra*.

No altera nada el silencio
En la Laguna y su vega,
Y hasta el campesino rudo
Descansa de sus faenas.

Solo alguna ténue luz,
Por las mal cerradas puertas,
Sus pálidos resplandores
Dejando entrever apenas,
Anuncia que en el silencio
De la noche, alguno vela.

Tal sucede en un palacio
Castillo feudal que eleva
Al cielo sus torrecillas,
Y situado en las laderas

De un montecillo cercano,
Que según crónicas viejas
Llamábase de San Roque,
Y aun hoy al Santo veneran
En una pequeña ermita
Situada en sus eminencias.

Del castillo la ancha mole
Sus torrecillas y almenas
Destacábanse á la lumbre
De la luna, por la vega,
Y al acercarse á su entrada
Que guarda ferrada puerta,
Gótico escudo aparece
Colocado sobre de ella,
Que de su dueño los timbres
Antiquísimos ostenta:

Allí fué donde Isolina
Entre las caricias tiernas
De una madre idolatrada,
Vió deslizar la existencia
De sus primeros abriles:
Esa existencia risueña
Pura, feliz y tranquila
Como el recuerdo que deja:
Edad que en la vida pasa
De ricas flores cubierta,
Sin que el ánimo se aflija
Ni la atormenten las penas.

Allí un día que jugaba

En la vecina pradera
Vió á Astolfo, el bello doncel
Que cruzaba por la vega
Manejando airosamente
Del dócil corcel la rienda.
El la contempla, y prendado
Queda de la bella fembra:
Ella tambien le miró
Y como él prendado de ella
Ella de él quedó prendada.

Desde entonces su alma tierna
No encuentra paz ni sosiego,
Hasta que un dia en la reja
De sus balcones la cita
Y allí amante la contempla
Y su pasion la declara.

Isolina otra existencia
Vió en el amor del doncel,
Los dias fueron para ella
Leves instantes no mas,
Y su vida toda entera
Cifrábase en esas horas
De encanto y delicias llenas
En que escuchaba el acento
Del trovador en la reja.

Por fin un pesar profundo
En su existencia risueña
Se interpuso, cuando anuncia
El doncel su pronta ausencia

Y entre suspiros y lágrimas
Se despide triste de ella,
Jurándole amor eterno
En sus solemnes promesas,
Y recibiendo en sus manos
Una delicada trenza
Que cortó para memoria
De su blonda cabellera,
Y que Astolfo en su delirio
Lleno de transporte besa.

Dos años despues pasaron
Dos siglos de cruda pena
Para la pobre Isolina,
Que no creyendo sinceras
Las palabras del doncel,
De amargos pesares llena
Y el corazon desgarrado
Al que todo lo consuela
Pide un asilo de paz:
Su confesor la aconseja,
Y una mañana abandona (1)
Triste la mansion materna,
Y vertiendo amargo llanto
En el claustro por fin entra.
Por eso su pobre madre,
De triste congoja llena,
No halla alivio á sus pesares
Ni calma encuentra en sus penas.

(1) Histórico.

De la mansion señorial
En rica estancia se sienta,
Dó sus parientes *y feudos*
Contristados la rodean,
Y ansiosos todos procuran
Mitigar su pena acerba.

Vá así pasando la noche:
Ella entre llantos y quejas,
Y ellos, alivio buscando
Para la pobre condesa.

Aquel silencio monótono
Del palacio de Isolina
Lo interrumpió una bocina
Que ya cercana se oyó:

Poco despues lindo page
Penetró en el aposento
Y con mesurado acento,
Un caballero anunció.

La condesa distraida
Alzó un instante la frente
Y contestó tristemente
«Puede el caballero entrar:»

Bajó otra vez la cabeza
Y en su dolor verdadero
Olvidando al mundo entero,
Tornó á gemir y llorar.

Despues de algunos instantes

Que silenciosos pasaron,
Ya cercanos se escucharon
Pasos en el corredor
Contiguo á la estancia aquella,
Donde en su dolor sumida
Llora á una hija perdida
La infeliz Doña Leonor.

Por fin, de golpe se abrieron
Las dos hojas de la puerta
Y á la claridad incierta
Vióse al page en el dintel;
Dejando franca la entrada
Hácia un lado separóse,
Y tras él, sombrío vióse
Aparecer un doncel.

Era Astolfo: silencioso
Y demudado el semblante,
Tiende la vista anhelante
Penetrando en el salon: (1)

Da cortés las buenas noches
Con ronco y pausado acento,
Y despues toma un asiento,
En retirado rincon;

Y no encontrando á Isolina
Mira la desgracia cierta

(1) Histórico.

Y contemplábala muerta
En el mundo para él;
Y entonces amargo llanto
Brotó de sus tristes ojos
Y allí mismo cae de hinojos
El desdichado doncel.

¡Pobre Astolfo! su alma entera,
Su corazón lacerado
Lanzábase á lo pasado,
Y en su profundo dolor
Contemplaba delirante
El fantasma de Isolina,
Hermosa flor purpurina
De los vergeles de amor.

Y por su mente pasaron
En tropel y confundidos
Esos recuerdos queridos
De su insensata pasión;
Y las citas en la reja
Y las pláticas sabrosas
En las noches silenciosas
Pasaban en confusión.

Cerró los ojos convulso
Y con el pelo erizado
Vió pasar desenchajado
La aterradora visión

El descarnado fantasma
Del montecillo cercano,
Que le descifra el arcano
De su profunda afliccion.

Así pasó largo rato
En su congoja sumido,
Vagando loco y perdido
En un mundo de pesar:
Por fin tras de sus dolores
Y tras su larga agonía,
El cielo un ángel le envía
Que al doncel vá á consolar.

Acércase hermosa dama,
Toma al doncel de la mano
Y á aun aposento cercano
Compadecida llevó (1):

Era la tal Doña Tecla
Confidenta de Isolina,
Quien con su voz peregrina
De esta manera le habló:

—A que llorar de ese modo
Cuando Isolina os adora?

—Pues no he de llorar, Señora
Si la perdí por mi mal:
Si en mi martirio contemplo

(1) Histórico.

Por siempre oculto ese cielo
Sin poder rasgar el velo
Que lo cubre funeral.

—En un error os hallais
Y grande por lo que noto;
Aun no ha profesado el voto
Isolina.

—¿Eso es verdad?

—Es verdad.

—¡Oh Dios eterno!

Sin esperanza moria,
Y aun puedo decir que es mia
Tan peregrina beldad.

¡Oh! Señora, yo deliro
Y mi loco pensamiento
Vuela insensato al convento
Donde se encuentra mi amor.
—Tened, doncel.

—¿Que sucede?

—Que al dejar esta morada
Fué Isolina aconsejada.

—¿Por quién?

—Por su confesor.

Su amor creyendo olvidado,
En su insensato delirio
Un término á su martirio

Buscó en los brazos de Dios:
Consuelos prestóle el monge,
Y aun yo de su mal en medio,
No encontrándole remedio
Dile consejos,
—¡Oh, vos!

—Si, doncel, vos ignorais
Cual la perseguia con saña,
Don Rodrigo de Saldaña
Un tiempo vuestro rival,
Y viéndose en su amargura
Por todas partes cercada,
Abandonó esta morada
Para ella triste y fatal.

Confuso quedóse Astolfo,
Sumido en triste letargo,
Y mientras, un llanto amargo
Por sus mejillas corrió.

Por fin el silencio rompe
Sacando su daga fiero. (1)
Y el valiente caballero
De este modo se espresó:

¿Quién al amor de este doncel frenético,
Osa atrevido presentar obstáculos?
¿Quién osa separar la virgen púdica

(1) Histórico.

Del mortal que la adora? En mi satánico
Y temible furor, cual tigre indómito
Que hambriento ruge en los profundos ámbitos,
En donde tiene su morada tétrica,
Romperé esos obstáculos, impávido.

Si acaso el confesor severo y místico
Pretende hacerse de Isolina el árbitro,
Mi terrible furor, no hallando término,
Haré que more en el profundo tártaro.

Si mis ruegos la priora oye malévola,
Sin conceder su justo beneplácito
A que salga Isolina, ya á sus límites
Llegando entonces ese ardor fanático
Aunque el mundo me tache de sacrilego,
Tendrán convento y monjas un fin trágico.

Cerca ya de media noche
Y entre las sombras oculto,
Vióse destacar un bulto
Que del castillo salió;
Miró indeciso á ambos lados,
Paróse por un momento,
Y despues hácia un convento
Rápido se encaminó

FIN DEL LIBRO TERCERO.

LIBRO 4.

TROVAS Y CUCHILLADAS.

I.

La noche está tranquila
Y sobre el limpio cielo
Estrellas mil derraman
Su pálido fulgor,
Cual púdicas miradas
Que al levantar su velo
Dirige una doncella
A su primer amor.

La pudorosa luna
Con paso vacilante,
Velada entre los pliegues
De delicado tul,

Deslizase amorosa
Para buscar su amante,
Por los inmensos campos
De trasparente azul.

Mecida entre las flores
Murmura el aura mansa,
Un cántico impregnado
En celestial pasion,
Y besa sus corolas,
Cual besa la esperanza,
Los sueños virginales
Del tierno corazon.

Los bosques, las montañas,
Las fuentes y los mares,
En su lenguaje entonan
Un himno celestial,
Y entre vapores suben
Sus mágicos cantares,
Del cielo hasta las bóvedas
De nacar y cristal.

¡Que noche tan hermosa!
Entre su santa calma
Se siente voluptuoso
El corazon latir,
Y tiernas emociones
Despréndense del alma,

Cual sílfides que dejan
Sus conchas de marfil.

Ya vienen los recuerdos,
Cual tiernas golondrinas,
Que á las riberas tornan
Que las miró nacer,
Y tienden las quimeras
Sus alas purpurinas,
Por un brillante cielo
De glorias y placer.

Y sombras venturosas,
De dichas y de amores,
De nuestra sien en torno
Se sienten deslizar,
Y lánguidos suspiros,
Y besos tembladores,
En los oídos mienten,
Y tornan á volar.

Es la hora misteriosa
De citas recatadas,
Y trovas y aventuras
De juvenil amor,
Y falsos juramentos,
Y fieras cuchilladas....
Mas chito; oid, que suena
La voz de un trovador.

—«¿Porqué la blanca paloma
Solitario deja el nido,
Sobre la empinada loma,
Donde su amante querido
La vá á buscar?

¿Porqué gime prisionera
Y de amor lágrimas llora,
Cuando con ansia la espera
El mancebo que la adora
Con fé sin par?»

«Escucha, Señora mia,
La tierna voz de tu amante,
Que aguarda con ansia el dia
Para mirar el semblante
Que es su luz;

Y oirás á mi tierno acento,
Si con el tuyo me amparas,
Repetirte el juramento
De eterno amor, en las aras
De la cruz.»

«En mis sueños te contemplo
Como un arcángel, divina,
Y junto al muro del templo
Pregunto por mi Isolina
Con ardor.

Torne á tu pecho la calma,
Rozagante mariposa,

Y embriague el placer tu alma;
Porque tu serás la esposa
De mi amor.»

Calló la voz armoniosa;
Y aun resuenan á lo lejos
Sus postreras vibraciones
Entre las alas del viento.
Aun el laud preludia
El amoroso mancebo,
Junto al elevado muro
Del cristiano monasterio
Donde la pobre Isolina,
Con el corazon deshecho,
Se retiró desolada,
A tomar el santo velo
De las esposas de Cristo,
Huyendo del mundo pérfido;
Cuando atraviesa la esquina
Otro rondador cubierto
Con el embozo, hasta el ala
De su calado chambergo,
Con paso grave y pausado,
Paso de hidalgo altanero,
Y de sus espuelas se oye
El son agudo en el suelo.
Avanza hácia el trovador,
Que tambien levanta al verlo
El embozo de su capa,

La mano diestra poniendo
Con calma, en la empuñadura
De su finísimo acero,
Y este diálogo trabose
Entre los dos encubiertos.

Encubierto. ¿Porqué viene el trovador
A perturbar con su canto,
La paz del recinto santo
De las hijas del Señor?

Trovador. Y el que viene, tal razon,
De esa suerte á interrogar,
Es acaso familiar
De la santa inquisicion?....

Encubierto. Arrogante ¡voto á mil
De á caballo! parecis.

Trovador. O la dignidad teneis
De rondador alguacil?

Encubierto. Callad, si estimais en algo
Vuestra vida, ó por mi honor,
Yo mostraré á un trovador
Como se le habla á un hidalgo.

Trovador. Tened el cuidado vos
En hablar mas comedido,
O no ireis arrepentido
A la presencia de Dios.

Encubierto. ¡Silencio! y el paso franco
Dejad al punto, lo quiero...

Trovador. Cuidad que soy caballero

Y no tengo el brazo manco.

Encubierto. Teneis la lengua afilada
Y arrancarla tengo á mengua.

Trovador. Pues mucho mas que la lengua
Tengo cortante una espada.

Guardaos de ella que es longa
Y mas temible que el rayo,
Y al Santo rey Don Pelayo
Acompañó en Covadonga.

Encubierto. Si la tizona en mis manos
Vibra ¡guay de vuestra vida!
Que está hasta el puño teñida
En sangre de Perüanos.

¿Quereis ¡voto á Beleebú!
Probar de un brazo el vigor
Que fuera espanto y terror
De los Incas del Perú?

Mis acciones de armas grandes
Andan de niños en mientes,
Que atravesó con sus gentes
Por las cimas de los Andes,
Conquistando para España
A los indios esforzados
Sus terrenos dilatados,
Don Rodrigo de Saldaña.

Trovador. La suerte á buena ocasion
En mi camino os presenta,
Porque soy, tened en cuenta
Astolfo de Mondragon.

Al decir ambos sus nombres
El rostro se han descubierto,
Y al punto del forro tiran
Los relucientes aceros.

Astolfo. Riñamos pues.

D. Rodrigo. Si, riñamos.

Ast. Ya nos conocemos.

D. Rod. Si.

Ast. El cielo nos une aquí

D. Rod. ¡O el infierno!

Ast. Vamos

D. Rod. Vamos!

Y hasta morir: de los dos
Hay uno mas en el mundo
Don Rodrigo.

D. Rod. Así lo fundo.

Ast. Proteja al mas bueno Dios.

Llegó la hora fatal:

Id haciendo vuestra cuenta,
Que está mi espada sedienta
De la sangre de un rival.

Mas Don Rodrigo, que yo
Os oiga decir primero
Como leal caballero
Que nunca, nunca os amó!

D. Rod. ¡No amarme! su corazon
Es mio, su fé, su vida....
Nunca una muger se olvida

De su primera pasión.

Y si quisiera su mano

Me la diera y su existencia....

Ast. Ultrajais á la inocencia

Y mentis como un villano.

En guardia ya que ardo en saña...

D. Rod. ¡Mondragon!

Ast. Si, Don Rodrigo!

D. Rod. Es tan cierto lo que digo

Como me llamo Saldaña.

Como tengo ¡voto á tal!

De daros muerte,

Ast. (*riñen.*) Su amor

Ha sido el primer albor

De su pecho virginal;

¡Ella! un ángel inocente,

Cuitada blanca paloma,

Leve capullo que aroma

De mi existencia el ambiente.

Así Mondragon decia,

En tanto que los aceros

Como serpientes silvaban

En derredor de sus pechos.

Tiran, paran, se adelantan,

Retroceden, van de nuevo

Avanzando; ya se juntan

Ambas manos; ya su puesto

Recobran; mandobles, tajos

Se repiten; ni un momento
Descansan, en bizzarria
Y denuedo compitiendo.

En tanto ya de la aurora
Las suaves tintas, el cielo
Coloraban, confundidas
Con el resplandor postrero
De la moribunda luna,
Y en las torres del convento,
Las tristes notas del angelus
Iban sonoras tañendo.

El sacristan atraviesa
El sagrado pavimento
De la iglesia, arremangada
La sotana y soñoliento,
Medio cerrados los ojos
Y enmarañado el cabello,
Figurando de la cruz
El signo, con sus dos dedos
Índice y pulgar, santiguase
Una inmensa boca abriendo;
Y dando un ronco berrido,
Que envidiára el diablo mesmo,
La terrible tranca afloja
Y abre la puerta del templo.
Al ver á los dos rivales
Como fieras combatiendo,

Corre presuroso al templo.

Ast. Hidalgo adios!

D. Rod. Con él id;

Pero si aun vida tenemos

Es preciso...

Ast. Reñiremos

Mañana en sangrienta lid

Hasta que uno quede muerto,

Porque pueda el vencedor

Dar por despojo á su amor....

D. Rod. Y el sitio (*interrumpiéndole*)

Ast. (*Entrando en el templo.*) En palenque abierto.

¡Ofender ese tesoro

De virtud!... vamos al templo

Para ver si la contemplo

Rezando triste en el coro.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

J. José Cabreriz y Garcia.



LIBRO 5.

LA MISA DEL ALBA.

I.

Isolina está en el cláustro
Segun ya llevamos dicho,
Que era en lances monacales
Aquel año muy prolijo,
De donde yo conjeturo
Y en mi opinion mas me afirmo,
Que hay tambien años de monjas
Segun hay años de trigo.
Y diz que en aquella época
Era tan grande el prurito
De meter niñas en cláustro,
Que hasta los varones mismos
Temiendo estaban hallarse

Por encanto convertidos
De la noche á la mañana,
En mongitas ó mongitos:
Y apropósito de esto
Me ocurre decir.... mas ¡chito!
Alto aquí, pícara pluma
Que te vas por esos riscos
Y este asunto es algo serio
Y hay que andarse pianpianino.

Son las mugeres románticas
Variadas al infinito:
Siempre el histérico á mano
Y los ayes y suspiros
Y convulsiones nerviosas
Y la jaqueca y el hipo.
Por quítame allá esas pajas
«¡Ay! ¡que me da un parasismo!»
«Crispaciones y calambres.»
«Éter, éter, que me privo»
¿Y si tienen animales?
Algun falderillo ó mico
Cual sucede comunmente?
¡Cuanta afeccion y cariño!
¡Cuanta sopita de leche
Con bizcocho! ¡Cuanto mimo!
Y cuanto beso entre babas
En las lanas del hocico!
Y hay romántica de á fólio

Que es capaz en su delirio,
De arrastrar lutos un año
Por la muerte del perrito.

Si riñen con el amante
Por el mas leve motivo,
¡Jesucristo! allí fué Troya:
—«Me enveneno, me suicido,
«Me voy á arrojar al mar,
«A la sisterna ó al río,
«O me cuelgo de una encina
«O de un alto precipicio
«Me despeño, ó me echo al fuego
Y los huesos me calcino:»

(Por que quien dijo romántica,
Huesos y pellejos dijo.)

¡Jesus que de atrocidades!

¡Válame, válame, Cristo!

Esto ya no son mugeres

Sino caos, cataclismos,

Y antes de verme entre tales,

Prefiero verme, Dios mio,

Con el cólera y la guerra

Entre las plagas de Egipto.

Mas, despues que entró la moda

De que en caso de conflicto,

Se encierre al punto la niña

En un sagrado recinto,

Ha remplazado el convento

Con gran ventaja, al suicidio.

En pró de la humanidad,
La razon y el buen sentido.
Se ha desechado el veneno,
El cordel y el braserillo,
Se ha dejado á un lado el pozo,
El puñal se ha suprimido,
Y la que se arroja al mar,
Cuida mucho de decirlo
Antes, á fin de que pueda
Estorbarlo algun amigo....

Mas, respetemos las bellas
Que ya me pesa haber dicho
Tanta cosa, y mucho mas,
Cuando no es mi cometido
El ir contando á las gentes
Sus faltas y pecadillos.
Ni á la leyenda interesa,
Ni á mi me importa un comino,
Que anden las niñas en globos,
Ni que usen pelo postizo,
Ostentando en sus cabezas
Miles trenzas y ricitos,
De otras cabezas pasadas
A la region del olvido,
Que allá en sus felices tiempos
Hicieraon quizás lo mismo.
Ni que vayan á los bailes
Como mozas de molino,
Con las caras empolvadas

Y albeado el frontispicio.
Con tanto afeite y enjuague
Encubiertos sus hechizos,
Que para llegar al cútis
Hay que zorribar á pico.
¿Es de moda?—Buen provecho:
¿Les agrada?—A mí lo mismo;
Que ni me quita eso el sueño
Ni me acorta el apetito.
Y si con dengues y polvos
Cubren sus rostros divinos,
Mejor, menos tentacion,
Es decir, menos peligro.
Dejemos, pues, digresiones,
Tomemos de nuevo el hilo,
De esta leyenda, y verás,
Caro lector, lo que hizo
El bizarro Mondragon
Al dejar á Don Rodrigo.

II.

La viagera golondrina
Que el seco otoño arrastró,
A la ribera vecina,
¿Puede olvidar la colina

Donde su nido dejó?

El jóven que vá afanoso
Con sus aprestos de guerra,
Sin dar al cuerpo reposo,
Buscando un laurel glorioso
Por el anchurosa tierra;

El infeliz peregrino
Que luchando con su afán,
Atraviesa su camino,
Y por el cielo divino
Mendiga su duro pan;

El marino encanecido
Que surca la inmensidad
De un piélago enfurecido,
Y siempre siente en su oído
La voz de la tempestad;

A través de la distancia
Y en su desigual fortuna
Olvidan ¡ay! la fragancia
De los sueños de la infancia
Que vagaron por su cuna?

El ciego que en su agonía
Gime á los vientos su mal,
¿Olvida la luz del día?

Que no refleja sombría
Su pupila de cristal?

El que llora en su amargura
Un presente desgraciado,
¿Olvida la lumbre pura
De la perdida ventura
De su brillante pasado?

¿Y en el pecho dolorido,
Puede ahogar el corazón
De un ardiente amor herido,
El afanoso latido
De la primera pasión?

Ni los goces ni el dolor,
Ni el tiempo ó distancia trunca
La fé del primer amor;
Ni puede olvidarse nunca
Su recuerdo embriagador.

La vírgen que en puro sueño
De pasión, estremecida,
Fingió á la voz de su dueño
Un paraíso risueño
Para su tranquila vida;

Que sus protestas, confiada,
Oyó con placer extraño,

Y vió despues disipada
Su ilusion mas nacarada
Al soplo de un desengaño;

En su terrible dolor,
Eterno, lento y profundo,
Cierra su pecho al amor,
Y se dirige al Señor
Horrorizada del mundo.

¡Pobre Isolina inocente,
Que apartar del corazon
No puede su amor ardiente,
Y aun el eco dulce siente
De la voz de Mondragon!

¡Pobre Isolina que llora
Su bien perdido, y al cielo
Con alma contrita implora,
Y vá humilde pecadora
A tomar el santo velo!

Pero ¡ay! no puede apartar
Los recuerdos que en tropel
Vienen su paz á turbar,
Y ve aun ante el altar
La imágen de su doncel.

Terrible noche fué aquella
Cuando oyó del trovador

La seductora querella,
Dirigiéndole á su bella
Finas protestas de amor.

¿Porqué las mundanas glorias
Turban la paz del convento?
¿Porqué un amoroso acento
Viene á avivar las memorias
En su triste pensamiento?.....

Vertiendo abundante lloro
La sorprendió la mañana,
Y en tanto el timbre sonoro
La llamó, de la campana,
Para rezar en el coro.

III.

Ya del convento la iglesia
Está cuajada de gente,
Que en ansiedad impaciente
La misa esperan oír,
Mientras que en un lado y otro
Se oyen lánguidos bostezos,
El murmullo de los rezos,
De los bancos el crujir.

Corre el sacristan sin tregua,
La cabeza enmarañada,
La sotana arremangada,
De un altar al otro altar;
Y encorvada, sin la cuña,
De una vela allí encendida
Negra cera derretida
Cae y mancha sin cesar.

Ya en las sucias vinageras
Pone el sacristan, con tino,
Agua en una, en otra vino
Sin pecado original,
Y estirando los manteles
Que consigue con gran pena.
Pone el cáliz y patena,
Abre y coloca el misal.

Mientras que el bizarro Astolfo
En un sitial reclinado,
Parece hallarse embriagado
En mental contemplacion;
Ingenioso discurriendo,
Un ardid extravagante,
Que de su cándida amante
Pueda llamar la atencion.

—¿Señor Juan, sale la misa?
Dice una vieja gangosa,

Arrugada y haraposa,

—Mire que estoy muy de prisa.—

—Vaya por San Juan Bendito

Que á mi hija tengo.... á punto....

Y no dá tregua el asunto,

Vaya y dé prisa al padrito—

—Madre vieja, tenga espera

Que está el Señor Sacerdote

Tomando agua de pasote

Para aclarar la ronquera.—

—Señor Juan, ándese luego

Dice otra, que á mi vecina

He dejado en la cocina

Y tengo el puchero al fuego.—

—Ay Señor dame paciencia,

Dice la de mas allá,

¡Vaya el padre bien se está!

¡Y yo que hoy tomé *manencia*!

Ya el pesado Sacristan,

En la sacristia entró,

Ya el capellan se vistió

Y á decir la misa van.

Mas entrando con gran prisa

Don Astolfo se interpone

Y al sacerdote propone
Le deje ayudar á misa.

—¿La misa de Alba? eso nó
Interrumpe el sacristan,
A fè que me llamo Juan
La tengo que ayudar yó.—

—Calle el imbécil monago
Que es voto que hice al Señor
Y puede vuestro favor
Saliros al fin bien pago.—

—Inútiles todas son
Vuestras palabras, Doncel,
Que hariais muy mal papel
Cantando el kirieleyson.

—Pare el menguado la lengua
Y bien sus palabras mida
Si en algo aprecia su vida;
Que aunque tengo á mucha mengua

Y sintiera rebajarme
En vos manchando mi brazo,
Daros podré un cintarazo
Y de quien soy olvidarme.—

—Calma tenga el buen hidalgo
Que le pido mil perdonos

Si le falté en mis razones
Y pude ofenderle en algo,

Mas no puedo consentir
Que salga usted al altar,
Pues de fijo se vá á echar
Toda la gente á reir.—

—Consentireis ¡por la silla
De San Pedro! é id callando
Que ya el Padre está esperando:
Venga pues la campanilla.—

—Que tal no consiento digo
Y es vuestra insistencia vana.—

—Sino me das la campana
Haré un desastre contigo.—

—Me estais incitando á risa...

—¡Vive Dios! monago inmundo
Que aunque se me oponga el mundo
Tengo que ayudar á misa.—

Y al sacristan infeliz
Derribando de un revés,
Se echó encima del arnés,
La blanca sobrepelliz.

Y empuñando sonora campanilla (1)
Salió con paso firme y denodado

(1) Histórico.

Mientras que el pueblo atónito contempla
Aquella mezcla de doncel monago.
Apenas ha empezado el introito
El templo atruena ya á campanillazos
Lanzando sin cesar al alto coro
Mirada penetrante de soslayo.
El pobre capellan sigue la misa
Tímido y balbuciente suplicando
Al buen doncel, que ponga pronto término
A su repiqueteo continuado:
Pero de pronto penetrante, agudo
Y mientras el doncel tocaba á santos,
Desgarrador oyóse hondo gemido (1)
Que heló la sangre al pueblo prosternado.....
Vacila Mondragon, su mano trémula
Sigue por breve espacio repicando,
Que la voz de su amada ha conocido
En el suspiro triste y prolongado.
La campanilla tira, se levanta
Lívido y descompuesto el rostro pálido
Y empuñando su espada cortadora
Del templo sale y se dirige al cláustro.

(1) Histórico.

LIBRO 6.

EN EL LOCUTORIO.

I.

Las ocho de la mañana
Daba el reloj del convento,
Cuando abriéndose las puertas
De su iglesia, iban saliendo
Los fieles que á la funcion
Religiosa concurren,
Todos ellos comentaban
Aquel extraño suceso
Del desmayo de una monja,
Y del grito que, saliendo
Del oratorio, distrajo
Su atencion en el momento
Que repicaban á santos.

Observaron todos ellos
Que de monacillo hacia
Un caballero cubierto
Con magnífica armadura,
Al que nadie conociendo
En la Laguna y contornos,
Le toman por extranjero
Que por alguna promesa
Ayudó al ofrecimiento;
Y, campesinos sencillos
Y sin doblez, no creyendo
Que tuviera relacion
Con el pasado suceso,
Ninguno de ellos acierta
Con la verdad de los hechos.

Un instante se detienen,
Formando grupos diversos
Y hablando de sus faenas,
De la cosecha y el tiempo,
Cuando de la iglesia sale
El apuesto caballero
Que ayudó en la santa misa;
Y los campesinos vieron
Que dejando atrás la iglesia,
A la puerta del convento
Se acerca con ansiedad,
Dando en ella golpes recios.
Sale el portero y pregunta:
—¿Que se ofrece al caballero?

—Busco á la madre Priora
Le contesta—Bueno es esto,
Dice el guardian ¿y creis
Que asi pueda ser?—No veo,
El caballero replica,
Dificultades en ello,
Y mucho mas cuando sepa
Mi nombre y merecimientos.
El portero algo indeciso
Dícele:—Si me resuelvo
A anunciaros ¿con que nombre
Os presento, caballero?
—Soy Astolfo Mondragon,
El trovador mas apuesto
Y mas valiente en las lides
Que ha existido en estos tiempos,
Soy galante con las damas,
En valor á nadie cedo,
Y estos timbres me proclaman
Por caballero completo.

Dijo el doncel, y el guardian
Su nombre en cuenta teniendo,
Váse de prisa á anunciarlo
A la Priora del convento.
En tanto los campesinos,
Comentando estos sucesos,
Dirígense á la campiña
Por diferentes senderos.
Mientras un hombre ya anciano

Que hacia de oráculo entre ellos,
Dice á los otros parándose:
—Hay en esto algun misterio:
El caballero y la monja
O novicia, algun enredo.
Tienen de amores—Tio Juan,
Usted se equivoca en eso,
Replica el mas atrevido,
¿Como estando en el convento
Habian de hacer tal?—Muchacho,
Son muy malos estos tiempos,
De mal á peor vá el mundo
Y los hombres son perversos.

Pero despues el guardian
Vuelve y dice:—«Caballero,
Podeis pasar adelante,
La madre os aguarda dentro.

Pasó por un patio Astolfo
Que da entrada al monasterio,
Y allí el guardian se retira,
Dejando en un aposento:
Al doncel, con una monja
Encubierta con su velo,
Que á la presencia lo lleva
De la Priora del convento,
Donde dejándolos solos
Pasa este diálogo entre ellos:
—Rendidamente os saludo,
—¿Que me quereis, caballero?

Despachad pronto, os suplico.

—«Sé que ha entrado en el convento
En estos últimos dias
Para tomar pronto el velo
Una dama jóven, bella
¿No es esto cierto?

—Muy cierto.

—Señora, ignorais sin duda
El amor que la profeso,
Un amor puro, acendrado,
Cariño el mas verdadero

Que ha profesado un doncel,
—Y á mi ¿que me importa eso?

Nunca supe esos amores,

Ni para saberlo tengo

Motivo ni causa alguna:

Del mundano ruido lejos,

Las tempestuosas pasiones

Llegan aquí como un eco

Tan apagado y tan débil,

Que es un pálido reflejo

Tan solo de la verdad.

—Pues bien, Señora, yo siento

Por ella pasion profunda:

Vivir sin ella no puedo,

Porque su vida es mi vida

Y sin respirar su aliento

Mi muerte es cierta, Señora.

—Y bien....

—De mi mal en medio

Perdida ya la esperanza,
Cuando delirante y ciego
Pensaba solo en la muerte,
De mis desventuras término,
Bálsamo consolador
Derramó Dios en mi pecho;
Supe que ella en su delirio,
Mi puro amor no creyendo,
Y de un rival perseguida
Pretendió tomar el velo;
Mas quiso Dios que viniese
A estos lugares á tiempo
Para evitar de este modo
Un nefando sacrilegio;
Pues yo escuché de su boca
Los amantes juramentos
Que en otro tiempo me hizo,
Y fijo su pensamiento
En este amor que es mi gloria,
Madre priora, no creo
Pueda consagrarlo á Dios.
—¿Y que pretendéis?

—Pretendo

Me deis. Señora, permiso
De sacarla del convento;
Pretendo la aconsejeis
Para que no tome el velo,
Pretendo en fin la hagais ver

Que su amor es mi embeleso,
Mi encanto, mi vida toda.

—Imposible, caballero

—Como imposible, Señora?

—Lejos de hacerle ver eso

Le aconsejaré, doncel,

Dirija sus pensamientos

Eternamente al Señor;

Que olvide del mundo pérfido

La pompa, las vanidades

Por el ayuno y el rezo,

Por el pásto espiritual

De un esposo amante y tierno,

Que llama á su desposada

Con los ángeles al cielo.

Cumpliré mi deber santo

—Tal vais á hacer?

—Asi pienso.

—Por mi Padre Beremundo

Mirad, Señora, que pierdo

La razon, mirad, Señora,

Que en mi delirio frenético

Tal desastre voy á hacer

Que asombre al mundo

—Teneos

Y reportad, trovador.

—Señora, yo no me tengo....

Con esta daga que veis

Y mi espada al mundo entero

Desafío en mi ardor loco.
Si á Isolina en el momento
No conducís á esta estancia,
De tanta monja con velo
Voy á hacer un picadillo
Para echárselo á mis perros,
Y mato, destrozo y rompo,
Y aniquilo este convento
Como selvática fiera
Y entre sus ruinas perezo
Ciego, loco y delirante
Despues de pegarle fuego. (1)

II.

Pálida y toda convulsa
La pobre monja escuchó
Aquel delirio frenético
Del amante trovador;
Y observando en sus miradas
Y en su insensata pasion
Que ciego ejecutaría
Todo cuanto prometió,
Con voz balbuciente dijo:

(1) Todos los detalles de este libro, así como los diálogos estan puntualmente copiados de la Crónica.

—Voy á buscarla, Señor,
Y á la celda de Isolina
Desde allí se encaminó
Tan ligera cual permiten
Sus años y su temor.

«Dios eterno que en el mundo
Por el hombre padeciste,
Oye el llanto que una triste
Vierte en su dolor profundo.

Concede á mi corazon
La calma que necesita....
O márame pronto ó quita
De mi pecho esta pasion.

Si, Dios eterno, mi lloro
Mira y mi acerbo dolor,
O concédeme su amor
O márame pues le adoro.»

Isolina con fervor
En su celda solitaria
Elevaba esta plegaria
Hasta el trono del Señor.

—Pobre lirio del vergel
Cuya esperanza perdida
Renace á una nueva vida
Al contemplar el doncel.

Por fin su intenso pesar
Y su congoja cesó,
Cuando con asombro vió
Á Astolfo al pié del altar.

Ella vió velarse el cielo
De su querida ilusion,
Y su amante corazon
No halló en el mundo consuelo.

Entonces sintió la vida
Como una pesada carga
Y en su pena tan amarga
Dejó á su madre querida,

Y ahora el cielo de su amor,
De sus puras afecciones,
Contempla sin los crespones
Que velaron su dolor.

Hermoso sol de otros dias
Cuya luz pura y radiante
Disipaba en un instante
Nieblas tristes y sombrías.

—Bellísimo Mondragon,
Esclamaba en su delirio,
Tu calmarás el martirio
De mi insensata pasion.

Y su mente se perdía
En los recuerdos de ayer,
Tan puros como el placer
Que su corazón sentía.

Sí, Dios eterno, mi lloro
Mira y mi acerbo dolor,
Ó concédeme su amor
Ó márame pues le adoro.

Así la novicia bella
Sola en su celda exclamó,
Cuando la puerta se abrió
De su aposento y por ella,
Vertiendo angustioso llanto,
Pasó la priora adelante,
Desencajado el semblante,
Y llena toda de espanto:
—Venid pronto Señorita.
—¿A donde?

—Venid por Dios,
Sino llegais pronto vos
Ese hombre se precipita.
Venid, venid al momento
Para atajar ese loco,
Sinó el matarós es poco,
Le pega fuego al convento
—Pero quien es?
—Vuestro amante

Don Astolfo Mondragon
Que en su vehemente pasion
Frenético, delirante,
Esclamó con fiera voz.
—«Haré de monjas y priora
Un picadillo, Señora,
Para mis perros.

—¡Que atroz!

Vamos pronto, madre mia,
Yo calmaré su pasion....
¡Dios mio, de mi afliccion
Sea este el último dia.

Y de la celda salieron
Apresuradas las dos
A donde inquieto esperaba
El amante trovador.

III.

—Isolina, vida mia,
Loco imaginé perderte
Para siempre, pero al verte
Cesa mi amarga agonía.

Deja que con ansia loca
Tu rostro hechicero admire,

Y en mi insensatéz aspire
El perfume de tu boca
—Tus palabras Mondragon,
Dan nueva luz á mi alma
Y le devuelven la calma
A mi opreso corazon
¡Oh gran Dios! Gracias te doy;
Hasta ti llegó mi lloro.....
Astolfo mio.... te adoro....!
—Tu mi esposa serás hoy.
—¡Ay Mondragon!
—¡Porque noto
Nublado, niña; un instante
Ese hechicero semblante?
—¡Ay! trovador, por un voto.
—Pero ¿que voto, mi amor?
Dime pronto la verdad.
—Un voto de castidad
Que hice un dia al confesor. (1)
—No es obstáculo á mi ver
Para que mi esposa seas.
—Pues no ha de ser?
—No lo creas.
—Yo no lo puedo romper.
—Aunque mi esperanza trunca
Tu castidad peregrina,
Sé tu mi esposa, Isolina.

(1) Repetimos que todo es histórico.

Y el voto no rompas nunca.

Conmigo te casarás:

Pura como en el convento,

Tan solo en el pensamiento

Esposa mia serás.

—¿Es cierto? nos casaremos;

Tu lo pides y eso basta;

Pero seré siempre casta.

—Y los dos castos seremos.

—Sí, doncel, y será puro

Nuestro sublime cariño,

Cual la sonrisa de un niño.

¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Hora es preciso salir

Del convento.

—Pero el voto?

—Está roto.

—¿Roto?

—¡Roto!

—¡Oh! yo no puedo partir.

—Sígueme.

—¡Por compasion!

¡Ay! que ofendemos al cielo...

Hoy iba á tomar el velo.

—Llegué á feliz ocasion

Para impedirlo: eres mia.

—¡Silencio!

—Ven á mis brazos.

Quien puede romper los lazos
Que unen dos almas?

—Sombria

La suerte en mi mal se afana.

—Vente de mi paso en pos.

—Mas bajo... calla por Dios!

--Tanta pasion será vana!

—No que te adoro doncel,

Con un amor tan profundo...

¡Oh! perdon si en este mundo

Lo dejo todo por él;

Y ten en cuenta, Señor,

Que profanara tu altar,

Porque no puedo apartar

De mi pecho tanto amor.

—¿Será mi delirio vano?

¿Me seguirás?

—Sí... ¡estoy loca!

¡Oh! pon un sello en mi boca

Que este recinto profano.

—Gracias mi virgen querida

(Hora marchemos al duelo)

Hasta la noche,

—Este anhelo

Es la mitad de mi vida.

—Adios; me llama un asunto

De mucho interés. En fin,

Esta noche en el jardín

Te espero á las doce en punto.

—Un rapto!

—Calla.

—Señor,

Cuanto te ofendo! por tí
Soy criminal.

—Irás?

* —Sí,

Que me enloquece tu amor.

Acercábase la hora
Del duelo, cuando salió
Del convento á toda prisa
Astolfo de Mondragon.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO 7.º

LA LIZA.

I.

Al norte de la Ciudad
De la Laguna, al extremo
Del camino que conduce
Hacia el llano de los viejos,
A orillas de hondo barranco
Un vetusto monasterio,
Alza sus robustas cúpulas
Y esbeltas torres al cielo.
Una inmensa y limpia plaza
Está delante el convento
De los Padres Franciscanos
Y allí el palenque se ha abierto
Do se ha de verificar

De Astolfo y Rodrigo el duelo.

Tiene cien varas de largo
Vara mas ó vara menos
Y cuarenta y seis de ancho
El grande óvalo en el centro.

Dos puertas están abiertas
Del palenque en los extremos,
Donde en elevadas astas,
Flotan á merced del viento
Los matizados pendones
De los lidiantes guerreros.

Levántase sobre gradas
En el costado derecho
Del palenque, alto cadalso
Forrado de terciopelo
Grana, con ricos bordados
De oro y plata en los extremos,
Ostentando de Castilla
Las armas y timbres régios.

Igual cadalso levántase
Del circo en el lado opuesto,
Diferenciándose solo
Del anterior, por lo sério
De su adorno, y por estar
Cubierto con paño negro
Y en él, bordados con plata,
De los ilustres abuelos
De la cándida Isolina,
Los blasones altaneros.

Además de estos cadalsos,
Otro un poco mas pequeño
Se levanta de la Liza
En uno de los estrémos:
Es este para los jueces
Del campo, y de paños negros
Con bordaduras de plata
Está también encubierto.

Del palenque en derredor
Se agrupa gentío inmenso,
Apiñado sobre carros
Y en andamios que se han hecho
A propósito en el día
Y solo para el objeto.
Azoteas y balcones,
Ventanillos, agujeros,
Calles, árboles y muros
Todo está de gente lleno,
Pues de todos los contornos,
De diez y mas leguas lejos,
Las gentes han acudido
Para presenciar el duelo.
Preguntáanse unos á otros
Por los motivos del reto:
Hay quien la causa atribuye
A antiguos resentimientos
De familia; el otro dice
Que no hay tal, que es un misterio

Que por mas que se ha indagado
Nadie ha podido saberlo.

Pero lo que mas se ha afirma
Y lo que encuentra mas eco
Es, que el bizarro Rodrigo
Dice que alcanzó el primero
De la cándida Isolina
El dulce sí, en otro tiempo
Mas feliz, lo que demuestra
Que tiene mayor derecho
A su mano y corazón;
A lo cual el caballero
Astolfo, dice que miente
Y que con agudo fierro
Lanza en ristre y á caballo
Hará ver al mundo entero
Que el infanzon Don Rodrigo
Es un villano, perverso,
Calumniador y esto es todo
Lo que se dice del reto.

II.

El ancha plaza con su luz colora
El Sol en la mitad de su carrera
Y doce notas graves repeta

Del sonoro metal la dura lengua.

Al bélico sonar de los clarines
Corre afanosa muchedumbre inquieta,
Y á la voz del faraute van girando
Sobre sus goznes, las ferradas puertas
Que dan paso á la ilustre comitiva,
Que entre el aplauso de la turba llega.

Liénase al punto la anchurosa liza
De farautes, ministros y trompetas,
Ballesteros, piqueros y hombres de armas,
Escuderos y pages con libreas,
Que de los dignatarios de la isla
Los altos timbres en el pecho ostentan.

Entre júbilo y músicas y aplausos,
Con altiva y gallarda continencia
Don Diego de Bazan, con la cruz roja
Del orden de Santiago se presenta,
Y Don Alonso Luis Fernandez Lugo
Que el Lindo llaman, y en su rostro muestra
Hondo pesar, pues débil y enfermizo
De un hechizo fatal se juzga presa.

Viene tambien Rodrigo de Bohorques,
Que luego fuera Capitan á Guerra;
Y Anton Navarro y Agustin de Vargas
Que al ilustre Cabildo representan.

Llega el gobernador á la tribuna
Y en el régio sitial grave se asienta;
A su lado colócase el Obispo *

Y el Justicia mayor á su derecha,
Y siguen los prelados é infanzones,
Los fijosdalgo, la justicia etcétera.

Tambien estaba allí, mirando todo
Con ojos fijos, Don José de Ancheta
Que en un estilo, de Suetonio digno
Las memorias ha escrito de su época.

Sobre el otro cadalso, que enlutado
Está del circo en la barrera opuesta,
Se halla Doña Leonor, (en cuyo rostro
El tiempo marca su profunda huella,
Y su cárdena tinta la amargura,
Pero que aun con magestad ostenta
Restos de su hermosura) como madre
De la triste Isolina: á su derecha
Están sus hijas, y á la izquierda mano
Sus tres sobrinas, lánguidas y bellas,
Brillantes rosas que en un mismo tallo
Con sus besos abrió la primavera.

Ya los jueces del campo y mariscal
Están en la tribuna de la puerta
Con notarios y gentes de la curia
Para dar fé de cuanto ocurrir pueda:
Y el son de los clarines y atabales,
Y el estruendo de música y trompetas,
A la apiñada y bulliciosa turba
La ceremonia anuncian que comienza.

Baja con dos farautes un rey de armas,

Y dividiendo el Sol, miden la arena,
Colocan gentes de armas y piqueros
Para impedir que fuercen la barrera
Partidarios del uno ú otro bando,
Y no haya contratiempo en la contienda.

Precedido de pages y escuderos
Entre dos jueces, un heraldo llega
A la mitad del circo, y en voz alta
A fin que el gran concurso oirle pueda,
Dá una grida ó pregon en que previene,
Que aquel que interrumpiere la pelea
Con señas ademanes ó palabras,
Al punto mismo sufrirá la pena
De cortarle la lengua si habla ó grita
Y cortarle la mano si hace señas.

Colócase en su sitio cada uno,
Silencio sepulcral el circo llena,
Y revistiendo el capellan los hábitos
La misa del combate al punto empieza.

Sobre un fiero alazan que brota espuma,
De relevado pecho y crin bermeja,
Que con ferrado callo el suelo bate
Y el paso acorta la tirante rienda,
Con buen talante y con gentil donaire
Alzada y relumbrante la visera,
El valiente Rodrigo de Saldaña
Tendió la vista y penetró en la arena.

Sobre el pesado y rebruñido casco
Y prendido en la cima de la cresta,
De blancas, largas y rizadas plumas
Un penacho gentil al aura ondea.

Lleva espaldar y peto barreados
Que enlazan con la gola en la babera,
Y á las calzas de cruda piel de gamo
Ajustan los quijotes y las grebas,
Enganchando el escarpe en los talones
Con agudo acicate la esquinela.

Cubren las ricas mangas afolladas,
El templado brazal, que con correas
Sugeta en el gocete al guarda-brazo,
El ancha copa de manopla gruesa:

Y sobre el argentino coselete
Que remata con mallas la escarcela,
De purpúreo color, con cortapisas
De finísimo armiño, airoso ostenta
Bordada y recamada de oro y plata,
De vellud, bellotado, una gonela,
Túnica ó sobreveste blasonada
Que en anchos pliegues cae á media pierna.

Ponderosa, robusta y alta lanza
Blande el noble infanzon con gentileza,
Completando su arnés, la larga espada
La damasquina daga y la rodela.

Es el corcel que monta Don Rodrigo
Del ilustre Señor de Gordejuela,
Que un mago encantador amigo suyo

A media noche le dejó en la puerta.

Paramentos de grana, y cortapisas
De martas cebellinas, con la empresa
En las puntas bordada, del gallardo
Bruto, cubren las bardas y testera.

De aqueste modo por la plaza cruza
Del fogoso bridon, suelta la rienda,
Tres veces, ricibiendo los aplausos
De toda la brillante concurrencia:
Vuelve á su sitio y el lanzon descansa,
Limpia su frente de sudor cubierta,
Y en tanto aguarda que el contrario acuda,
Al inquieto corcel la brida suelta.

Pasan dos horas de ansiedad horrible
Sin que á la liza Mondragon parezca
Cuando es el retador, y ya murmura
Con sorda voz la muchedumbre inquieta.

Dicen unos que teme á Don Rodrigo
Cuya lanza venciera en cien peleas,
Y que tal vez aquel doncel altivo
A combatir con él no comparezca;
Otros dicen que nó, que Don Astolfo
Es un garzon de bríos y de fuerza
Y que es tal su pujanza, que no hay hombre
Que le resista en la comarca entera;
Mas de pronto interrumpe estos murmullos
El agudo sonar de las trompetas.....
Torna la vista la curiosa plebe

Y «él es» «él es» repite y palmorea.

En efecto, aparece el fiero Astolfo
Caballero gentil, en una yegua
Que le ha prestado el conde Don Ramiro
Para que asista á la fatal contienda:
Pero es el caso, que el soberbio bruto
(Bruto debo decir aunque sea hembra)
Tiene la linda gracia de plantarse
Cuando el que encima vá menos lo espera
Y tal le ha sucedido al buen Astolfo,
Por mas que la enterrado las espuelas
Cubriendo en roja sangre los hijares
Que á raudales le cae por las piernas.

En vano todo ha sido y fué preciso,
El comenzar á palos con la bestia
Al par que un escudero, de buen puño,
Con fuerza le tiraba de la rienda.

Llegado Mondragon se abre la liza,
Recorre á todo escape el ancha arena
Luciendo en el creston de la celada
Un penachudo airon de plumas negras.

Sobre el nielado arnés de duro temple,
Elegante y airosa veste abierta
De terciopelo azul, con franjas de oro
Lleva bordada de orientales perlas.

Se vé sobre su escudo burilado
En letras de relieve, aquesta empresa:
«Dios y la Eternidad,» y por debajo

Dos corazones, que une aguda flecha.

Una ferrada, larga y gruesa lanza
Con sañudo furor su mano aprieta,
Con la que espera del rival odiado
Pronto término dar á la existencia.

Colócase en su sitio lanza en ristre,
El cuerpo cubre alzando la rodela,
Se afirma en los estribos, y con ansia
Del bélico clarín la nota espera.

Suena por fin; en el instante mismo
Parten ambos rivales cual centellas,
Y en arremolinada y densa nube
De sangre y polvo, en la mitad se encuentran
Del palenque fatal, con rudo choque,
Que retumba en los antros de la tierra.

.....
Ilesos aun están los combatientes;
La sangre que brotó fué de la yegua,
A la cual Don Rodrigo denodado
De una lanzada le partió una oreja.

Revuélvense otra vez y toman campo,
Y se arremeten con atroz fiereza,
Las lanzas en los ristres fulminando
Cual hiende el aire silvadora flecha.
Se encuencontran ¡ay! con fragoroso choque
Que repiten los ecos de la selva,
Saltando hechos astillas los dos fresnos
En desiguales trozos por la arena.

Brota sangre otra vez.... mas esta ha sido
Del brioso corcel de Gordejuela,
Que Don Astolfo le metió la lanza
Las quijadas partiéndole y la lengua.

Contienen con trabajo los bridones
En el escape de veloz carrera,
Empuñan nuevas lanzas, se reponen
En el ferrado arzon, y con fiereza
El cuerpo levantando en los estribos
Van á embestirse por la vez tercera,
Cuando en el punto de partir á escape
¡Ah pobre Astolfo! se plantó la yegua.

En vano Mondragon ardiendo en ira
Le mete en los hijares las espuelas,
En vano ballesteros y hombres de armas
A darle palos sin piedad comienzan,
La yegua se encabrita y se defiende,
Coces tirando á diestra y á siniestra,
Y rebozada en argentada espuma
Se tuerce y bufa reluchando fiera.

Todo es inútil pues: y ciego en cólera
El feroz Mondragon echa pié á tierra,
Desenvaina su espada cortadora
De sangre humeante aun, de cien peleas,
Se dirige á Saldaña que le imita,
La suya empuña, airado se le acerca
Trabando cuerpo á cuerpo horrible lucha,
Despiadada, satánica y sangrienta
Cual nervudos leones del desierto

Que hambrientos se disputan una presa.
 Sucédense los tajos y mandobles,
Destrózanse los yelmos y rodelas....
Se retiran un punto.... se acometen,...
Ya se revuelven.... otra vez se acercan....
Cálida sangre los arneses cubre,
Que á borbotones brotan las abiertas
Heridas, y ya tarda en decidirse
La ventaja fatal de la refriega,
Cuando de pronto, de un terrible tajo
Saltó de Don Rodrigo la cabeza,
Que vertiendo á torrentes sangre oscura
Fué por el ancho circo dando vueltas.

 Un solo grito resonó en el aire,
Aplausos luego y algazara inmensa,
Mientras que Astolfo pálido vacila
Desmayado tendiéndose en la arena.

FIN DEL LIBRO SÉTIMO.

LIBRO 8.º

EL BAPTO.

I.

Alta es la noche: entre las densas nieblas
Ocultaba la luna ruborosa,
Cual tierna desposada bajo el velo,
Su frente melancólica.

El viento murmuraba entre el follage
Del jardín del convento tristes notas,
Y en el ancho tazon lloraba perlas
Una fuente sonora.

Bajo un dosel de sauces y de adelfas
Tiende sus brazos una cruz marmorea,
Que en ondulantes ráfagas alumbra
La lámpara devota.

Todo es silencio y soledad: el alma
Allí se eleva á las sagradas bóvedas
Del anchuroso cielo, que el espacio
Magestuoso corona.

Con paso vacilante se adelanta
Hasta el pié de la cruz, como una sombra,
Una muger cubierto su semblante
Por una blanca toca.

Y dando un ¡ay! que el eco lastimero
Lentamente repite con voz sorda,
Abrazando la cruz con fervor santo
Ambas rodillas dobla.

Su mano blanca, y afilada, y tersa,
Los pliegues separando de su toca
Torna á caer y esta oracion pronuncia
Con mortales congojas:

— «Con tu poder ampara,
Gloriosa madre mia,
La vírgen que del ara
Se aparta, y que confia
Le prestarás benévola
Tu santa proteccion.
Yo, pobre pecadora,
Me vuelvo al mundo vano,
Y al hombre que me adora

Voy á entregar mi mano....
Perdóname ¡ay! el ímpetu
De mi febril pasión.»

«No soy digna, Dios mio,
De ser tu desposada:
Mintiera el lábio impío,
Y, oveja descarriada
Vertiendo un mar de lágrimas
Me aparto del redil
No tornes, no, tus ojos
De mi, Verbo divino;
Separa los abrojos
Que siembre en mi camino
El mal, y aliente tu hálito
Mi pecho juvenil.»

«Perdóname, si el fuego
De una pasión ardiente,
Humilde te lo ruego
Con lábio balbuciente,
Con su poder satánico
Trastorna mi razón,
Por *él* solo suspiro;
Su seductor semblante
En mis delirios miro
Cruzar, y escucho amante
Do quier su voz dulcísima....
¡Perdon, Señor, perdon!»

Calló Isolina y humilló su frente
Al pié de la cruz santa, ruborosa,
Al aire suelta en ondulantes rizos
Su cabellera blonda.

Triste como ilusion desvanecida,
Pura cual de la infancia las memorias,
Bella como la luz de la esperanza
Que el porvenir colora.

Entretanto en la torre del convento
Suenan lentas y agudas doce notas,
Que otros tantos suspiros arrancaron
A la niña llorosa.

Astolfo se detiene á la entrada de la glorieta contemplando á Isolina con transporte.—Suelta luego la capa, se quita el sombrero y se aproxima á ella embriagado de amor.

Astolfo. ¡Isolina, Isolina, vida mia!
Heme ya junto á tí ¡bendito sea
Este instante feliz! ¡oh! de alegría
Mi pecho va á estallar.... en mi confia,
Deja que ansioso tu semblante vea.
Levanta niña tus rasgados ojos
Que me quiero quemar en sus miradas,
Y oiga temblar entre tus labios rojos
Sus palabras de amores perfumadas.
No te apartes de mí: sagrados lazos

De hoy mas nos unirán... tuya es mi vida...
Déjame que te estreche entre mis brazos,
Y que flore de amor, virgen querida.

Isolina. ¡Astolfo, Astolfo! compasion imploro....
Mi pecho va á estallar.... ¡perdon Dios mio!
Que este amor es mi gloria y yo le adoro,
Aunque te ofenda mi language impío....

Astolfo. Angel de bendicion!

Isolina. Por tí profano
El sagrado recinto.... tiemblo, dudo...

Astolfo. Pon en mi pecho trémulo tu mano;
Mi honor será de tu inocencia escudo.

Despues de tantas penas, sin mancha
Ilumina la gloria mi horizonte,
Que tras la tempestad mas puro brilla
El Sol radiante sobre el alto monte.

Déjame delirar.... nadie en el mundo
Separarnos podrá ¡lloras?

Isolina. De gozo;
Porque es mi afecto sin igual, profundo,
Y sin tí no hallo gloria ni reposo.

Niña inocente, en el albor primero
De la existencia, de tu amor el rayo
Mi corazon abrió.... ¡cuanto te quiero!
Cual la rosa gentil en el otero
Para adornar la frente al rubio Mayo.
Y en medio de fantásticos delirios
Iban mis sueños de pasion vagando,
Cual vagan en el cáliz de los lirios

Los silfos leves en susurro blando;
Y despierta ó dormida en ti pensaba,
Y el pobre corazon se consumia,
Y al eco por mi amante preguntaba,
Y el eco á mi dolor no respondia.

Astolfo. Cesa, cesa por Dios, culpa es tan solo
De una vana apariencia, mi Isolina,
El tierno corazon no encierra dolo,
Y siempre tuyo fué muger divina.
¿No amarte yo? Primero el firmamento
Con sus rayos el Sol no alumbraria,
Que eres mi fé, mi gloria, mi contento....
Ven, Isolina, ven, deja el convento
Y torna á mi existencia la alegría.

Isolina. Tiemblo Astolfo.

Astolfo. Son vanos tus temores:
Mi brazo te defiende, Dios me ampara....

Isolina. Ofendemos á Dios....

Astolfo. Pronto de flores
Llegarás coronada al pié del ara.

Isolina. ¡Yo su esposa iba á ser!

Astolfo. Antes juraste
Serlo mia tambien. Dios no pretende
Tal sacrificio, no, siempre me amaste...
¿Tú esposa del Señor?

Isolina. Calla, le ofende
Tu voz.

Astolfo. Tambien la tuya le ofendiera
Si al tálamo sagrado te llegáras

El pecho falto de la fé sincera
Que rendir por ofrenda ante las aras.
Eres mia y te adoro; yo he corrido
Aventuras por tí con faz serena,
Y á un rival orgulloso lo he vencido,
Y muerto yace en la sangrienta arena.

Isolina. ¡Un amante!

Astolfo. Un traidor que se ufanaba
De poseer tu amor....

Isolina. ¿Y le creíste?

Astolfo. Que tu nombre querido profanaba.

Isolina. ¡Desgraciada de mí!

Astolfo. ¿Porque estás triste?

Isolina. ¡Amarle yo, mi Astolfo! mi existencia
Es solo para tí.

Astolfo. Deja ese empeño:

Yo no dudo de tí.

Isolina. Cuando es la esencia
Mi amor, de un corazón de que eres dueño.

Astolfo. Gracias muger, arcángel inocente;
De mi amante delirio en el exceso
Permíteme posar sobre tu frente
Sonoro, tibio y pudoroso beso.

Isolina. ¡Que sensación!.... la sangre se retira
De mi cuerpo febril: el pecho siento
Desgarrarse ¡ay de mí!.... como delira!
Mi frente quema tu abrasado aliento.

Astolfo. Marchemos....

Isolina. ¡Por piedad!

Astolfo. Ven que te adoro....

Isolina. No puedo sostenerme.....

Astolfo. ¡Vida mia!

(Se oye el órgano tocando un canto religioso.)

Isolina. Escucha ¡ay Dios! el órgano sonoro
Que me llama al deber con su armonia...
Parte, parte....

Astolfo. ¡Imposible!

Isolina. ¡Virgen Santa,

Dame tu proteccion!

Astolfo. Eternos lazos

Nos unirán despues....

Isolina. Bajo mi planta

Se abre un abismo....—*(Se desmaya)*

Astolfo. *(La alza en sus brazos.)* Te alzaré en mis brazos.

Dame, Señor, tu proteccion divina....

Hora que venga el universo entero

A robar de mis brazos á Isolina

Mientras empuñe mi tajante acero.

Mondragon la lleva desmayada en sus brazos.—Las religiosas consternadas le ven saltar las tapias á la luz de la luna y arrodillándose al pié de la cruz entonan, el siguiente coro.

Proteje con tus alas, benéfica Maria,
Al infeliz rebaño que ampárase en tu amor,
Los piélagos aparta que con su furia impía,
A la inocente virgen que solo en tí confía,
Le tiende sin descanso el diablo tentador.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

CONCLUSION,

CUADRO DIABÓLICO.

I.

Por fin tras tantas proezas
Y tanto duelo y congojas,
Y aventuras infinitas,
Y finas pruebas notorias
De pasión acrisolada,
Entre la novicia hermosa
Y su guerrero doncel,
Luce tranquila la aurora
Que su ventura ilumina,
Y sus deseos corona
Oid: en vuelo incesante
Sobre las torres, sonoras
Con su metálica lengua

Gritan las campanas locas.
Suenan músicas marciales,
Y la plebe bulliciosa
Por todas partes acude,
Para presenciar las bodas
De Mondragon é Isolina
Que prometen ser famosas.
¡Boda! dirán los lectores,
Esa conclusion es propia
De un sainete, de una farsa
O de una comedia tosca;
Mas, tan brillante leyenda,
Tan variada, tan heróica,
Merece un final romántico
Que de horror nos sobrecoja,
Y los nervios espeluzne
Y el aire llene de sombras.
¿Para cuando es el veneno,
Los puñales y las sogas?
Boda escrita es muy prosaica,
Ya real es otra cosa;
Pero me es fuerza seguir
Toda la verdad histórica,
De los portentosos hechos
Que hoy grava mi pluma tosca.
Con todo, lector amigo,
Si la paciencia te sobra
Y seguir leyendo quieres,
Verás al fin que estas bodas

Fueron satánicas, fueron
Cual ningunas, portentosas;
Verás misteriosos lances;
Pero ¡chito! punto en boca,
Que la ilusion perderias
Sabiéndolo desde ahora.

Cansado estoy de tocar
Sudando, la épica trompa,
Y al fin, como un estudiante
Que en las vacaciones torna
A su pueblo, quiero echar
A correr por esas lomas,
Y tenderme sobre el césped
De los sauces á la sombra,
Para descansar un punto
La imaginacion fogosa,
Antes de entrar en materia:
Y á propósito de bodas,
Diré unas cuantas razones
Que en la razon me retozan.

Tentó la serpiente á Eva
Con la malhadada poma,
Y ella tentó á su marido
A fuer de leal esposa.
Si Adan comió la manzana,
Tambien los prójimos topan
Con las hijas casaderas,

Y fuerza es al fin que coman,
Que la serpiente es artera
Y la manzana sabrosa;
Pero al fin, por su pecado,
Cátate aquí con las bodas,
Que es un censo irredimible
Que ninguna ley perdona,
Y ¡ay! Adan, cuantos Adanes
Maldicen cual tú la hora
En que oyeron las promesas
De la muger tentadora;
Y no le cede la suegra
A la serpiente alevosa.

Ya cumplió la niña quince,
Y aun juega con la cotorra,
Y la muñeca, y el perro,
Y aun en su inocencia ignora
Los pecadillos mundanos;
Y aun no sabe otra cosa
Que contar hasta cincuenta
Y leer en letras gordas,
Y hasta los diez mandamientos
Que trae el catecismo ignora;
Y ya mamá, vigilante,
Se apresta en debida forma,
A tender el anzuelito
Por si hay algun pez que coma.
Deja la niña sus juegos

Y se la instruya en las modas,
Y en que baile los lanceros,
El rigodon y la polka;
En que diga á todo—«gracias,»
—«No merezco esa lisonja,»
—«Favor de usted.—Y en que baje
Los párpados ruborosa.
La religion, la moral,
La compostura ¿que importan?
El manejo de la casa,
La educacion, se abandonan;
Y ya la niña tambien
Al dulce nombre de boda
Siente que en agua de azúcar
Se le convierte la boca.

Pues vaya; galan que pague
Los antojos y las modas,
Y nos lleve de brasero
Causando envidia á las otras...,
Y luego los pequeñitos
Tan graciosos.... bah; si es cosa
De que á la mas recatada
Al punto la vuelve loca;
Y no es extraño ¡que diablo!
Esa es su vida, su historia,
Su única ilusion; su estudio;
Y á fé que salen doctoras,
Al cabo de poco tiempo
De lecciones provechosas.

Ya se presentó un galán,
Ya comienza la tramoya,
Los suspiros y los dengues;
Y en fin, se desplegan todas
Las seducciones posibles
Para ver de que el pez coma.
Y díganme si es sujeto
De posición ó de nota,
O cuenta por cada año
Un taleguito de onzas.
—Niña, niña, ten cuidado,
Que Don Fulano es persona
Con molinos en Vizcaya,
Y batanes en la Rioja,
Y dehesas en la Mancha,
Y mucho olivar en Córdoba,
Y cepas en Valdepeñas,
Y un pinar en Calahorra.
—Mira que Don Tal descende
Del conde de Barcelona
Don Lucanor, y es pariente
De la duquesa de Altona,
Y del ministro de Estado
Que te nombre embajadora.
—Mira aquel otro, es sujeto
De edad y experiencia, propias
Para tí (tiene ella quince
Y él de los sesenta monta)
Con un génio.... ya, descende

De San Francisco de Borja.
No hay amor ni simpatías;
Y eso que vale si hay bodas?
El marido es un mastuerzo,
Y la pobre niña llora
Porque es celoso y avaro;
Mas dime, niña ¿que importa,
Si hay en Vizcaya molinos
Y batanes en la Rioja?
O es jugador pendenciero,
Y su poco haber derrocha
En orgías clandestinas,
Y á su mitad abandona
Por impuras cortesanas;
Mas dime, niña ¿que importa?
Que importa, si es descendiente
Del conde de Barcelona?
O llega al fin, atrevido,
A alzar su mano alevosa
Contra la niña inocente,
Sin traer á la memoria*
La proverbial mansedumbre
De San Francisco de Borja.

Pero vamos que me llaman
El bravo Astolfo y su esposa,
Que mientras yo murmuraba
Se pasó la ceremonia.

H.

Ya salen del templo: el pueblo
Victoréa, ríe y canta
Al compás de tamboriles,
Y dulzainas y guitarras.
Miles de conetes giran
Y entre los grupos estallan,
De curiosos, que se mueven
Con infernal algazara.
Astolfo le dá la diestra
A su Isolina adorada,
Y van rebozando júbilo
Y deslumbrantes de galas,
Con régio acompañamiento
Atravesando la plaza.
Ella mira á Mondragon
Con una espresion tan lánguida,
Y una amorosa sonrisa
Entre sus labios vagaba,
Mientras que su esposo oprime
Suavemente y estampa,
Un beso tibio y sonoro
En su manecita blanca.
Cuanto inocente deseo,
Cuanta ilusion nacarada,

Irian en torno de ellos
Tendiendo sus leves alas.
Aun son las dos ¡oh! que lentos
Los días de bodas pasan!
Ya están de la plaza en medio
Y con voz suave se hablan;
Pero, calló por sabidas
Sus amorosas palabras.

Pero de pronto un horroroso trueno
Retumba temblador en el espacio,
Y al fiero empuje de huracan violento
Las nubes tienden su luctuoso manto.
El relámpago brilla; manchas rojas
El horizonte tiñen; silva el rayo,
Y el Orbe tiembla cual las hojas secas
Que en otoño desprendense dél árbol.
Corre afanosa la bullente turba
Ayes lanzando de dolor y espanto,
Erizado el cabello, y se atropella
¡Maldicion maldicion! triste clamando.
Llora Isolina y la rodilla dobla
Al doncel estrechando entre sus brazos,
Y á la madre de Dios contrita pide
Con agitada voz le dé su amparo.
Mondragon quiere huir; pero imposible!
No se puede mover.... allí clavado
Parece que se encuentra: el brazo tiende
Para alzar á Isolina; pero vano

Fué su empeño tambien, que ya sus fuerzas
Le han ido poco á poco abandonando.
Llama á los cielos y los cielos sordos
Parecen á su voz; sudor helado
Se desprende á torrentes por su rostro...
Torna á pedir favor al cielo santo....
Se le eriza el cabello, y ciego, loco
Le demanda favor al mismo diablo,
Brilla una luz fosfórica, y al punto
Con estrépito ronco, de los antros
Del gigantesco Teide, entre torrentes
De lava, pez y azufre calcinado,
Salen los diablos en tropel inmenso
De Don Rodrigo de Saldaña al mando.
(Que ya es diablo tambien como los otros
En gracia de sus culpas y pecados.)
En la mesa de Mota se detienen,
Y á una nueva señal se agitan raudos
En torno á Mondragon: tambien acude
De los llanos de Maja, horrible bando
De feas, viejas y asquerosas brujas
Cabalgando de escobas en los palos.
Al compás de una música diabólica
El fantástico coro vá girando,
Y así Rodrigo de Saldaña dice
Con un acento ronco y destemplado.

— «Astolfo, al fin la hora
Llegó de tu castigo ».

Yo soy aquel Rodrigo
Que tu venciste ayer,
¿Porqué guerrero indómito
Al verme así te espantas?
Húmíllate á mis plantas
Y acata mi poder.»

«Creiste que tranquilo
Tu dicha consintiera
Y altivo no viniera
Tu amada á reclamar.
Tu profanaste el claustro
Robando á esa doncella....
Por ti vengo y por ella....
¡Prepárate á marchar!»

Así gritó Rodrigo, y al momento
Corrió hácia Mondragon travieso diablo,
Y, quitándole el casco, los cabellos
Con sus garras feroz le fué arrancando;
Le estiró la nariz, le abrió la boca
De un lado de la oreja al otro lado
Cubriéndola de cerdas amarillas
En lugar del bigote fino y lacio;
De su cuerpo gentil hizo una bola,
Y finalmente levantó una mano
Y haciendo un gesto de desden y burla
En la cara le dió un papirotazo.

CORO DE DIABLOS.

Vamos, vamos al antro profundo
Al doncel y á su esposa á llevar....
Recorramos ufanos el mundo.

CORO DE ANGELES,

¿Que pronuncian los hijos del mal?
Dios ha oído la voz balbuciente
De esa virgen confiada en su amor,
Y ahora suben al cielo esplendente
A postrarse á las plantas de Dios.
¡Mondragon! de la gracia divina
El Señor una prueba te dá,
Que te salva la fé de Isolina....
Brille, brille la luz celestial.

III.

Y las sombras se disipan,
Y el sol de nuevo colora
Con sus mas lucientes rayos
La tierra, que un himno entona

De gracias, y al cielo sube
Entre los cantos de gloria
Que los ángeles repiten;
Y Mondragón y su esposa,
Abrazados tiernamente
Se elevaban en la atmósfera.

Don Rodrigo desespera,
Y por difícil no torna
A darse otra vez al diablo,
Que con una basta y sobra.
Los malos génius burlados,
Y al oír las armoniosas
Canciones, de los espíritus
Que alegres al cielo tornan,
A tomar venganza ruin
Aunque inocente, se aprontan.
Traen clarines y cencerros,
Cuernos, pífanos, zambombas
Y azadores gigantescos,
Sartenes y cacerolas,
Y en fin, cuantos instrumentos:
Discordantes hay, y tocan
Un diabólico concierto
Que hasta los ecos asorda.
Y hubo gritos y burletas,
Y se contaron historias
Que solamente es posible
Que los diablos las conozcan;

Hubo pullas y ocurrencias
Agudas como graciosas,
Entre el estrépito horrible
De su música espantosa;
Y desde entonces es fama,
Que se adoptó esa diabólica
Costumbre, en todos los pueblos
Para celebrar las bodas.

FIN.

FE DE ERRÁTAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
6.	5.	malvacía.	malvasía.
52.	22.	yentar.	yantar.
45.	11.	fijadalgo.	fijodalgo.
46.	7.	señor,	señior.
81.	9.	sisterna.	cisterna.
82.	26.	hicieraon.	hicieron.
103.	24.	mataros.	matarnos.
112.	5.	se ha afirma.	se afirma.
116.	14.	El ancha.	Y el ancha.
119.	24.	encuencuentran.	encuentran.
129.	5.	hc.	he.
135.	1.	instruya.	instruye.